

El pensamiento económico de
Hugo Chávez

Alfredo Serrano Mancilla



La Universidad
de postgrado
del Estado

330.987
S4875p

Serrano Mancilla, Alfredo

El pensamiento económico de Hugo Chávez / Alfredo Serrano Mancilla. — 1ª. ed. — Quito: Editorial IAEN, 2014

624 p.; 15 x 21 cm

ISBN: 978-9942-950-33-8

1. ECONOMÍA-HISTORIA 2. ECONOMÍA-VENEZUELA-HISTORIA
3. VENEZUELA-ASPECTOS ECONÓMICOS 4. CHÁVEZ, HUGO
5. VENEZUELA I. Título

Colección editorial: Pensamiento Radical **PENSAMIENTO
RADICAL**

Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN)

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua, esq.

Quito-Ecuador

Tel.: (593 2) 382 9900

www.iaen.edu.ec

editorial@iaen.edu.ec

Dirección editorial: Miguel Romero Flores

Corrección de estilo: Roberto Ramírez Paredes

Diseño portada e interiores: César Ortiz Alcívar

Impresión: Imprenta Editogran S. A.

Tiraje: 500 ejemplares

© Hermanos Vadell-Venezuela, 2014

© IAEN-Ecuador, 2014

Índice

Sobre el autor	7
Agradeciendo	9
Prólogo: Hugo Chávez y el arte de la conexión	13
<i>René Ramírez G.</i>	

Capítulo 1

Hugo Chávez, el de los inicios	
--------------------------------------	--

Capítulo 3

La génesis del paradigma económico de Hugo Chávez	175
3.1. La mayoría de edad del neoliberalismo mundial	175
3.2. La larga precampaña económica de Hugo Chávez (1996-1998)	184
3.3. De candidato a presidente: el programa económico electoral (1998)	201
3.4. La economía desde primera hora: discurso de asunción como presidente (1999)	228
3.5. La Constitución del nuevo paradigma económico	249
Por ahora, resumiendo: la génesis del paradigma económico de Hugo Chávez	267

Capítulo 4

La época ganada en la economía de Hugo Chávez	277
4.1. El capitalismo del siglo XXI en el mundo	277
4.2. Los primeros pasos económicos como presidente (1999-2001)	293
4.3. ¿Por qué el golpe a la democratización económica? (2002)	315
4.4. Paradigma económico en movimiento en la época ganada (2003-2012)	337
4.5. El <i>Estado de las Misiones</i> ; una década ganada en economía social-popular-humanista	423
4.6. La época ganada desde la economía bolivariana	456
Por ahora, resumiendo: la época ganada en la economía de Hugo Chávez	501

Capítulo 5

El <i>chavismo</i> como identidad económica	523
5.1. El mañana del <i>chavismo</i> económico según Hugo Chávez	523
5.2. El <i>chavismo</i> como identidad económica	

Sobre el autor

Alfredo Serrano Mancilla

Doctor en Economía por la Universidad Autónoma de Barcelona (España), con estancias predoctorales en Módena y Bolonia (Italia) y Québec (Canadá). Postdoctorado en la Université Laval (Québec, Canadá). Actual director de la Línea Investigación Análisis Coyuntural y Desafíos Estratégicos de la Economía Venezolana, en el Grupo de Investigación Social Siglo XXI. Actual director ejecutivo del Centro Estratégico Latinoamericano Geopolítico (Celag). Investigador visitante de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Asesor de Telesur para economía y geopolítica en América Latina. Profesor de posgrado y doctorado en universidades internacionales.

Trabaja académicamente en temas de economía pública, economía mundial, desigualdad, pobreza y desarrollo, con especial atención a la disputa geoeconómica en América Latina. Excoordinador para América Latina del Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS). Asesor y consultor internacional en estudios de economía internacional, economía del desarrollo y políticas públicas para América Latina, en Bolivia, Ecuador y Venezuela.

Publicaciones de artículos en revistas internacionales. Libros publicados: *¡Ahora es cuándo, carajo! Del asalto a la transformación de Estado en Bolivia* (España, 2011), *Organización económica del Estado en la nueva Constitución política* (Bolivia, 2008) y *¡A (Re)distribuir! Ecuador para todos* (Ecuador, 2012). Articulista de opinión en prensa escrita en *Página 12* (Argentina), *El Telégrafo* (Ecuador), *Público* (España) y *Correo del Orinoco* (Venezuela).

Agradeciendo

(Mi padre siempre me dice que “es de bien nacido, ser agradecido”).

Un libro como este ni se hace solo ni se piensa en soledad. Aunque el guion obligue a que el nombre del autor resalte en solitario, este trabajo realmente tiene mucho de colectivo. Cada frase es fruto de un proceso social, intenso y apasionado que abarca discusiones políticas, emociones y sentimientos, encuentros y desencuentros, dudas y certezas, travesías y militancias, informales e institucionales, y un sinfín de anécdotas, vivencias y experiencias que se van amontonando en esa mochila que llaman vida. Porque es obligación casi ética, y porque me apetece, es turno de dar las gracias, pero sin protocolo.

Comienzo por Gisela: gracias por ser la persona con quien comparto mi vida, la vivida y aquella que queremos seguir viviendo. Gracias Gise por todo; gracias por llenarme de ganas para afrontar este desafío; gracias por estar siempre a mi vera, empatizando con el libro, escuchando cada detalle que necesité compartir; gracias por tus valiosas opiniones para discutir cada idea, en cada asunto complejo; gracias por compartir también tu amor irracional y racional a Chávez; gracias por ser como sos, por ser mi compañera de viaje. (Gracias también a su familia, a Jose, Nilda, Ena, Bren y Stephi).

Gracias a mi padre y mi madre porque son parte de lo que soy, de lo que pienso. Mi papá siempre me contó desde niño todas aquellas historias que me llevaron, sin darme cuenta, a tener conciencia de clase, a amar cualquier rincón del mundo pero con una mirada desde el *Sur*, y especialmente, a grabarme en mi retina una idea básica para vivir dignamente: al que no sabe cualquiera lo engaña. A mi mamá le doy las gracias por enseñarme que una sonrisa significa estar contento, y que se llora al estar triste o emocionado; gracias mamá por hacerme entender cuán importante es la comunicación, hablar y hablar, aunque muchos intelectuales se empeñen en posar abusando del silencio. Esto siempre me ayudó a entender mejor a Chávez, y la importancia del relato en la política.

También quiero dar gracias a los abuelos que ya no están, pero siguen estando; gracias a ellos por todo lo que me dieron, y por todo lo que empujaron para que yo rellenara sus vacíos del pasado, estudiando y estudiando y estudiando. Gracias *Mami* por esa infancia tan feliz que me incita a querer seguir escribiendo con un cierto tono *Peter Pan*.

Gracias a Zoe y a Oliver, mis dos sobrinitos, porque su alegría es también mi alegría; y sus sonrisas, también las mías. Extrañarlos es lo único negativo que tiene estar tan cerca de acá para poder escribir un texto como este.

Por otro lado, están esos amigos que por estar donde están, forman parte sustanciosa de la personalidad de este libro. Son los amigos de siempre, los de pupitre, aquellos que llegaron luego; todos se quedaron para conformar ese universo tangible que uno desea tener a su alrededor. Ellos lo saben, pero siempre es hermoso volver a decirles gracias, a Rubén, Paco, José Daniel, Pablo, Javi, Sergio, Manolo y Juan Jesús; a Jorge, Gaby y Guille; a Arnau y Montse; a Rafa, Chus y Esther; a mi hermana Susana, a mi primo Óscar. ¡Gracias amigos!

Hay otros que además de ser amigos son amigos en la vida política, con quienes he compartido innumerables discusiones sobre la democracia, el Estado, la hegemonía, la disputa por el poder económico, la justicia social, el realismo político, qué es táctico y qué estratégico; sobre América Latina, sobre Venezuela y, cómo no, sobre Chávez. Con ellos he aprendido y compartido, he amanecido y madrugado, he festejado (elecciones ganadas) y llorado (por ejemplo, en Caracas la muerte de Chávez). Son ellos los responsables de que en el libro se perciba un lindo mosaico de influencias que van más allá de aquellas que proceden de la literatura consultada; son ellos, desde la lealtad y la confianza, desde el respeto y la admiración, los que me facilitaron mayor amplitud de perspectivas, nuevas complejidades, replanteamientos. Gracias a Íñigo Errejón, Sergio Pascual, Auxi Honorato, Esteban De Gori, René Ramírez, Alberto Montero. ¡Gracias! (Cada uno sabrá descubrir en qué párrafo o idea está presente).

Siempre están esas personas a las que agradecer por sus acertados comentarios acerca de algún tema en especial o sobre la economía-política en general; son esas personas de las que te acuerdas cuando vas escribiendo, acudiendo a ellos, a veces con una llamada, *e-mail*, café, o recordando alguna charla, o alguno de sus escritos o intervenciones, o

simplemente por estar ahí. Gracias a Manolo Monereo, Juan Carlos Monedero, Teresa Morales, Roberto Aguilar, Manuel Canelas, Emir Sader, Nicolás Oliva, Mauro Andino, Javier Jiménez, Amilcar Salas, Carlos Marx Carrasco, Txema Guijarro, Jacques Ramírez, Franklin Ramírez, Ximena Amoroso, Alejandro Fierro, Angela Ballester, Sergio Martín, Pablo Imen, Ricardo Aronskind, Kris González, Solka Agudelo, Elías Jaua, Mark Weisbrot, Atilio Borón, Jorge Giordani, Pedro Brieger, José Félix Rivas Alvarado, Manuel Cerezal, Modesto Emilio Guerrero, Pedro Brieger.

No me quiero olvidar de CEPS, que me dio la posibilidad de participar en primera línea de su valioso quehacer político cotidiano en muchos países de América Latina. Gracias CEPS por enseñarme el realismo político tan de cerca.

Gracias a Telesur (y muy especialmente a Patricia Villegas) que, siguiendo la idea de Chávez, sigue mostrando que hay otra forma más soberana de contar las cosas desde el *Sur*.

Agradecer a GISXXI, especialmente a Jesse Chacón y Kory Colmenares, por el interés mostrado hacia este proyecto, que solo constituye el primer paso de un proceso de investigación más amplio. Gracias por todo el soporte dado para que este trabajo llegue a buen puerto. Particularmente, gracias por haberme permitido contar con dos asistentes de primera categoría: Juan Guijarro con su virtuosa ayuda en la edición y Agustín Lewit como ayudante de investigación en la ardua tarea de acompañarme en la exploración analítica en cada rincón del pensamiento económico de Chávez.

El cierre, a modo de colofón, es para el alma máter de este libro, Hugo Rafael Chávez Frías, a quien agradezco en mayúsculas por ser un personaje histórico, capaz de ser el motor fundamental de un cambio de época a favor de la mayoría social, disputando el sentido común a favor del pueblo. Gracias, Comandante, por haber originado un pensamiento económico propio llevado a la praxis para transformar Venezuela (y América Latina). Gracias, Hugo Chávez, por permitirnos creer que otra economía más justa es posible.

Prólogo: Hugo Chávez y el arte de la conexión

René Ramírez G.

Cada decisión política resulta de una cierta manera de trazar el mapa del mundo social y ubicarse en él. A fines del siglo xx, la caída del muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética desdibujaron la posición de la izquierda en el mapa, y la derecha reivindicó el entierro del “socialismo real” como el fin de la historia. De esta manera se comenzó a imponer el consenso neoliberal, que sostenía que en adelante la democracia debía dejar de lado toda intención de regular el mercado y redistribuir la producción, limitándose a reglas y procedimientos formales para la elección periódica de élites gobernantes. Es decir, el nuevo dogma conservador afirmaba que la democracia podía tener una dimensión formal pero no una dimensión sustantiva: la democracia debía ser liberal, pero no social ni económica.

El título de este breve texto discute con otro de Michael Walzer, quien en un ensayo perspicaz, pero reservado, describió al liberalismo como el “arte de la separación”. Ahí donde establece un límite, el liberalismo ha supuesto históricamente una libertad. La separación entre Iglesia y Estado, entre Estado y universidad, entre sociedad civil y comunidad política habrían permitido la libertad de conciencia, la libertad de opinión, la libertad de asociación. La primera formulación de la tesis de Walzer es de 1984; una puesta al día incluiría la trayectoria del “nuevo” liberalismo, que a fines del siglo pasado buscó arrojarse bajo las insignias de la libertad para reivindicar al “libre” mercado, ejerciendo un arte de la separación que buscaba impedir todo control social de la lógica predatoria del capitalismo.

Abreviando la historia posterior, ahora sabemos que el arte de la separación neoliberal ha rendido sus frutos, amargos: dos décadas de concentración de la riqueza social y aumento enorme de la pobreza, nuevas formas de explotación económica y exclusión política, sumadas a la erosión acelerada de nuestro medioambiente, son el saldo global de la hegemonía neoliberal. De hecho, y aunque se ha mencionado reiteradamente, no podemos dejar de recordar que los Gobiernos neoliberales en América

Latina convirtieron a la región en la más desigual del planeta. Pero también cabe reiterar que la reacción social se desencadenó al cabo, y desde la primera década del siglo *xxi* los Gobiernos de izquierda recuperaron el timón y dieron un giro en gran parte de la región; y ahí donde no, la derecha ha tenido que disfrazarse bajo una agenda social posneoliberal y balbucear promesas tibias de justicia social. No obstante, por debajo del velo de la demagogia, persiste el objetivo conservador de separar la economía de la política, el mercado de la democracia, al trabajador del ciudadano, para preservar los privilegios de la élite en el poder de facto.

Este arte de la separación ha tenido su correlato ideológico en la producción del *mainstream* académico. Podemos constatar esto revisando los supuestos básicos de la teoría de la democracia procedimental, que entiende el proceso político de la siguiente manera: por un lado, se supone que los ciudadanos tienen preferencias, que son agregadas por los partidos políticos en propuestas que luego orientan las políticas públicas en el campo de la economía. Por otro lado, se asume estas decisiones políticas tienen resultados en el mercado (influyen en los precios, empleo y salarios), y estos resultados a su vez dan forma a ciertas preferencias.

Esta distinción analítica entre política y economía se ha traducido en una separación disciplinaria: por un lado, los politólogos estudian las instituciones democráticas y sus efectos, y por otro, los economistas se enfocan en el mercado y sus resultados. Tal separación se efectúa también en el ámbito de la propia política: por una parte, los partidos políticos se distancian de los ciudadanos y se convierten en maquinarias para ganar elecciones; por otra, los técnicos económicos diseñan las políticas en espacios burocráticos cerrados, de conocimiento experto y acceso restringido. Como resultado, no existen en la actualidad estudios a profundidad y con una mirada transversal sobre la relación entre las acciones e instituciones de la política y la economía, y ello es un efecto en gran medida del arte de la separación neoliberal, que ha establecido una disyunción entre economía y política, para justificar ideológicamente la separación correlativa entre democracia y mercado.

En estas circunstancias, el libro de Alfredo Serrano Mancilla, *El pensamiento económico de Hugo Chávez*, es más que oportuno, urgente. Precisamente porque reconstruye con atención, científica y política, la conexión que realiza el líder bolivariano entre los postulados económicos, su aplicación política y sus efectos sociales, refutando la versión esquemática e inmediateista que se supone en los tipos extremos de una

ideología oportunista y voluntariosa o una filosofía en exceso idealista y ajena a sus circunstancias. Se nos muestra así la complejidad de la madeja en que se cruzan los hilos de la historia y la biografía, abordada desde la “práctica estratégica” de Chávez; esto es, su acción política orientada por principios éticos ineludibles, pero siempre matizada por un vínculo estrecho con la realidad socioeconómica que abarca, por los términos dispares de los que procede y a partir de los cuales busca establecer conexiones posibles y, casi siempre, contingentes.

De esta manera, el libro de Alfredo Serrano Mancilla refleja cómo se encadenan los acontecimientos del ascenso del movimiento constituyente en Venezuela y la reconfiguración estatal, la movilización social continua y la derrota de los intentos de desestabilización y los golpes de Estado. De ello resulta la invención de una nueva política social anclada en una inédita configuración de los poderes populares que adquieren, a la luz de la práctica estratégica del pensamiento económico de Hugo Chávez, un perfil propio bajo la nueva forma histórico-política del *Estado de las Misiones*. Sobre el trasfondo de la historia venezolana, en continua resonancia con el curso histórico de la región y los supuestos determinantes objetivos del “Tercer Mundo”, aparece así resaltada la novedad que introduce el arte de la conexión chavista en el escenario político global, acontecimiento que incluye tentativas de respuesta para los interrogantes por el legado histórico de una izquierda renovada y su posición estratégica hacia el futuro.

Frente al arte de la separación de la derecha conservadora, que traza los límites de la democracia ahí donde busca mantener sus privilegios, Chávez propone un arte de la conexión radical del poder social con la decisión política y sus aplicaciones en la economía. En este sentido, quizás el mayor aporte de la investigación de Alfredo Serrano Mancilla, autorizado además de sus credenciales académicas, por su participación en el proceso *desde dentro*, es que sin eludir la precisión científica de la demostración rigurosa y el testimonio de los datos, nos entrega una perspectiva metódica y reveladora sobre el arte de la conexión estratégica de Chávez, que enlaza la democracia liberal con la democracia social y la económica; lo que además de ser una contribución académica necesaria sobre un aspecto poco discutido del proceso, es ante todo una contribución política de primer orden para pensar en nuestro presente.

Capítulo I

Hugo Chávez, el de los inicios

Soy lo que dejaron,
soy toda la sobra de lo que se robaron [...]

Soy América Latina,
un pueblo sin piernas pero que camina.

Latinoamérica, Calle 13

1.1. El mundo después de la Segunda Guerra Mundial

Hugo Chávez no había nacido todavía cuando el francés Alfred Sauvy acuñó el concepto de *Tercer Mundo* en 1952,¹ para referirse a aquellos países que no pertenecían al bloque capitalista ni al socialista en plena Guerra Fría. Chávez aún no había cumplido un año cuando, en abril de 1955 en la Conferencia de Bandung en Indonesia, los países asiáticos y africanos se reunían en pleno proceso de independencia con el objetivo de reforzar sus propios lazos económicos y superar los neocolonialismos del siglo xx. A partir de entonces, el *Tercer Mundo* dejaba de ser un mero término para cobrar mayor fuerza como bloque político en aquellos tiempos en que Estados Unidos pretendía reorganizar el mundo bajo su mirada capitalista, aprovechándose de su posición victoriosa en la Segunda Guerra Mundial.

¿Cómo organizar el mundo? ¿Bajó qué criterios? ¿Con qué objetivos? ¿En base a qué intereses? ¿A favor de quiénes? ¿En busca de qué? He aquí muchas de las preguntas inevitables a las que obligatoriamente ha de responder la economía como ciencia social. El término “economía”, en su origen etimológico griego proviene de *oikonomia*: *oikos*, “hogar”, y *nemein*, “administración”. La economía, desde esta premisa básica, ha de responder precisamente a esa esencia, cómo “organizar la casa”. Esa “casa” no solo hace referencia al hogar doméstico, sino que también puede ser una casa más grande, una comunidad de vecinos, una organización

1 Muchos años después, cuando le preguntaron por este término, Chávez contestó con una curiosa comparación histórica: “Quinientos años antes, ya nos habían llamado el Nuevo Mundo” (Ramonet, 2013).

comunitaria, un municipio, una región, un país, un continente y, por qué no, el mismísimo mundo. Así que la economía, como tal, no debe ni puede estar exenta de la disputa, de las tensiones, de la política, porque esa casa-mundo siempre puede ser organizada desde infinitos criterios, de múltiples maneras, dando lugar a innumerables escenarios diversos, respondiendo a inimaginables pugnas de intereses. Este campo controversial es propio de la discusión económica; porque la economía jamás podrá ser aquello que muchas veces nos presentan como aquel idílico y paradisiaco paisaje, siempre neutral, en el que no cabe la lucha ni la disputa, y donde todo se resuelve desde un mero debate técnico.

La Segunda Guerra Mundial supuso un punto de inflexión en el tablero internacional que recolocaba muchas fichas de manera diferente, abriéndose así un nuevo momento histórico para definir cómo organizar la casa llamada mapamundi. Los ganadores querían aprovechar tal condición en contra de aquellos que fueron proclamados como perdedores. Estados Unidos estaba dispuesto a todo lo que fuese necesario para organizar la casa-mundo en busca de ser el único país sobre el cual el mundo capitalista debería gravitar, y desde esa posición dominante, lograr alcanzar una hegemonía unipolar que terminara de una vez por todas con el bloque socialista.

Acabada la guerra, las nuevas formas de dominio debían de producirse en paz. ¿Cómo? No hay nada mejor que acudir a las reglas del juego propias del ámbito internacional para iniciar un periodo de organización que permitiera consolidar su bloque histórico hegemónico capitalista. Sin tiempo que perder, Estados Unidos se revestía de comunidad internacional autoproclamándose como representante y portavoz de todo el mundo capitalista.² A partir de ahí, se iniciaba un periodo acelerado de arquitectura internacional ordenadora de la casa-mundo, al calor de los intereses de su proyecto político-económico. Disfrazados como comunidad internacional, los acuerdos y los consensos no tardaron en llegar porque aquello era tan fácil como acordar o consensuar consigo mismo, es decir, solo se necesitaba la firma y la iniciativa del presidente estadounidense de turno, sin tener que negociar con ningún otro país. El objetivo de este nuevo orden mundial era obvio: la nueva geopolítica debía pivotar alrededor de los Estados Unidos de América

2 Así dice Galeano (2009) al respecto: “la llamada comunidad internacional, ¿existe? [...] ¿Es algo más que el nombre artístico que los Estados Unidos se ponen cuando hacen teatro?”.

por ser el país más rico del mundo.³ Así, desde esta posición privilegiada, en 1944, durante la conferencia monetaria y financiera de las Naciones Unidas, se firmaba los Acuerdos de Bretton Woods, que iban a constituirse como la superestructura del mundo capitalista desde ese momento en adelante. Era el momento de camuflar como debate técnico todo lo que concernía a la política en una discusión de economía mundial. ¿Cómo organizar la casa-mundo? Estados Unidos comenzaba desde ese entonces, en una senda imparable, a edificar la casa-mundo en su forma ideal para que el sistema capitalista se expandiera, se reprodujera, y acabara fagocitando hasta el mínimo retal de cualquier otra alternativa que le contradijera. Se comenzaba a lo grande para no dejar opción alguna a que otro mundo fuera posible. En esa mencionada reunión, se creaba el Banco Mundial (BM) y Fondo Monetario Internacional (FMI); y se proclamaba el dólar como “la moneda de referencia mundial”. (La hegemonía se construye con herramientas hegemónicas). Algo más tarde, se creaba el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés)⁴ con el objetivo de hacer creer al mundo que un acuerdo de libre comercio era el único camino propicio para la paz y el desarrollo de los pueblos del mundo. ¿Era justo hablar de libre comercio entre dos países cuando estos partían de condiciones absolutamente asimétricas? No, rotundamente no, porque es injusto poner en libertad a dos contrincantes, y echarlos a pelear cuando uno tiene infinitas ventajas sobre el otro. “Es mentira la verdad”, como diría Manu Chao. Es mentira que haya justicia cuando la libertad se puede practicar a partir de una desigualdad previa, históricamente determinada por el poder (económico, militar, tecnológico) de uno sobre el otro. ¿Es justo el trato igualitario frente a personas desiguales? ¿Puede hablarse de justicia cuando se aplica la misma medicina a dos personas con enfermedades diferentes? Sin atender a estas cuestiones claves, el renovado orden económico mundial impulsado por Estados Unidos propugnaba el mito del libre comercio para que así el mundo siguiera repartiéndose aún más desigualmente de lo que ya se venía haciendo.

¿Qué faltaba para que dicho plan fuese creíble, aceptado y perfecto? Estados Unidos necesitaba de la legitimidad que solo puede proceder de un acto de caridad, de salvador, de ayuda al prójimo. Esto se iba

3 Después del desastre de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos concentraba cerca del 50% del PIB mundial con menos del 7% de la población global.

4 Firmado en 1948 por 23 países, todos del campo capitalista.

a concretar en el año 1948 con el Programa de Reconstrucción de Europa, más conocido como Plan Marshall,⁵ que inundaba de dólares la economía mundial, circunstancia determinante para que la moneda estadounidense se consolidara como la moneda internacional de reserva. Este plan era gestionado por la Administración para la Cooperación Económica, de tal manera que un representante de este organismo se instalaba en cada capital de los países europeos beneficiados para asesorar y controlar las inversiones; de esa manera, los dólares siempre llegaban acompañados de compromisos, escritos en la letra pequeña al reverso de cada acuerdo. Poco a poco se comenzaba a forjar la dependencia ideal de la zona europea hacia Estados Unidos, y desde ahí, la conquista del resto del mundo.

De esta forma, y sumando progresivamente nuevas instituciones,⁶ Estados Unidos lograba así que en la década posterior a la Segunda Guerra Mundial la casa capitalista fuera ordenada a su antojo, con su moneda como patrón de referencia mundial, con las reglas financieras internacionales a su favor, con opciones de generar una deuda externa/eterna, con la apertura comercial que facilitaba el acceso ilimitado a las materias primas necesarias para su crecimiento económico. Así la casa estaba bien equipada para que Estados Unidos acometiera apresuradamente el siguiente objetivo: insertar al Tercer Mundo en el patrón de acumulación capitalista a nivel mundial bajo su tutela.

Una de las fórmulas-bandera para tal reto fue indudablemente la Alianza para el Progreso, desde la que se pensaba construir hegemónicamente el sentido común en torno al único *Norte* posible. Así fue como el presidente John F. Kennedy⁷ anunciaba la Alianza para el Progreso durante una recepción en la Casa Blanca para los embajadores latinoamericanos, con el objetivo de “mejorar la vida de todos los habitantes del continente”. Como era de esperar, las promesas

5 Por George Catlett Marshall, jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense en la Segunda Guerra Mundial y luego Secretario de Estado. En 1953 obtuvo el Premio Nobel de la Paz por su plan de ayuda a Europa.

6 En este sentido, se debe destacar la creación de la alianza militar en el Tratado de Washington, basado en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, que establecía la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en abril de 1969.

7 Kennedy gana frente a Nixon en noviembre de 1960, marcando el retorno del Partido Demócrata. Buena parte del continente latinoamericano veía con buenos ojos la llegada Kennedy porque este aparecía después de la restrictiva política de Dwight D. Eisenhower de apoyo abierto a las dictaduras en la región.

de justicia social —educación, sanidad, vivienda— no venían solas, sino que estas venían acompañadas por un conjunto de medidas políticas y económicas. Los mandamientos económicos de la Alianza para el Progreso se enfocaban en el control de la inflación por la vía monetarista,⁸ y la mejora de la balanza de pagos por la vía exportadora en base a la iniciativa privada;⁹ nada se decía acerca de los salarios ni del empleo ni de la productividad; ni mucho menos del reparto de la riqueza, ni de la distribución de los medios de producción, ni de la redistribución de los excedentes económicos mediante políticas de gasto público.

Cuando Chávez había cumplido apenas tres años, en agosto de 1961, Estados Unidos, usando esta Alianza para el Progreso como excusa, se comprometía a cooperar en aspectos técnicos y financieros con los países de la OEA (Organización de Estados Americanos),¹⁰ en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social, llamada Conferencia de Punta del Este. Se buscaba llevar a cabo una intervención política pero siempre disfrazada como herramienta técnica-financiera, como si esta no tuviera nada que ver con la discusión ideológica. Una suerte de política sin política se constituía a partir de un espacio en que la tecnocracia tomaba decisiones sin tener que dar explicaciones a los pueblos. El objetivo era ir induciendo, con estas sutilezas, la ilusión de disponer de un estadio pospolítico, en el que aparentemente estaban prohibidas

8 La teoría monetarista, predominante por entonces en la academia estadounidense, ya comenzaba una estrategia de rechazo al keynesianismo prevaleciente en décadas anteriores. La Escuela de la Economía de Chicago (los “Chicago Boys”) empezaba a imponerse. Los monetaristas —con economistas como Milton Friedman y Georges Stigler— difundieron una tesis falsa: la inflación es siempre un fenómeno monetario, y por tanto, comenzaba el fanatismo por el control inflacionario a través de políticas monetarias, sin atender a las políticas de economía real —la política laboral, productiva, fiscal, tributaria, comercial, distributiva—.

9 Este requisito condujo a que las economías periféricas prolongaran la secular obsesión por exportar materias primas, según se venía haciendo desde siglos atrás a partir de la mundialización de la economía (proceso iniciado en el año 1492). Se suponía que solo exportando materia prima se podría mantener la nueva exigencia de saldo positivo en la balanza comercial. Exportar era más bien una obligación inmediata e inaplazable del proyecto económico del progreso, que conducía a extraer y enviar al extranjero lo más apresuradamente posible las materias primas. El rol subordinado de América Latina era objetivo para el progreso, pero no para el progreso de los pueblos latinoamericanos, sino para impulsar la edad de oro del capitalismo de Estados Unidos que necesitaba más que nunca que el *american way of life* fuera sostenible gracias al *latin-american export of life*.

10 Organismo de ámbito regional y continental creado el 8 de mayo de 1948, por iniciativa de Estados Unidos en el momento de reorganización mundial luego de la Segunda Guerra Mundial.

las controversias, la disputa de ideas, sin opciones enfrentadas y, finalmente, sin pasiones de masas, reduciendo así todo el debate a una mera actividad de administración técnica en manos de expertos, que ponían las ideas dominantes a buen recaudo de la discusión política y por tanto del alcance popular (Mouffe, 2007).

La Alianza para el Progreso, dedicada sin descanso a seguir organizando la casa-mundo, y más concretamente la casa-Latinoamérica, proseguía recomendando medidas que cada vez más se convertían en acciones de obligado cumplimiento para recibir la preciada ayuda. Desde Estados Unidos, se reclamaba una reforma agraria que tenía como único objetivo la mejora de la productividad, sin tomar en cuenta la distribución de la tierra; se pedía nuevamente el libre (e injusto) comercio entre los países de América; se solicitaba la modernización de la infraestructura de comunicaciones como subterfugio para privatizar ciertos sectores estratégicos; se requería la reforma de los sistemas de impuestos para que predominase la doctrina liberal del *dejar hacer*¹¹ siempre a favor de los que más tienen perjudicando a los que seguían empobreciéndose. Estas exigencias no podían venir sin zanahoria. ¿Qué podían ofrecer desde los Estados Unidos para que todos acabasen obedeciendo? Como hemos dicho, la contrapartida es la ayuda en materia de educación, la salud y la vivienda, como programa de desarrollo económico y social para evitar cualquier revolución o proceso de cambio que quisiera discutir o cuestionar el orden establecido mundialmente desde la hegemonía capitalista.¹²

A pesar que la Alianza para el Progreso tuvo éxito para el Norte en cuanto a ir acomodando los destinos del *Sur latinoamericano* según ordenaba el orden capitalista, este programa no fue respaldado en su

11 Se trata del principio liberal clave, en francés *laissez faire*. Fue usado por primera vez por Vincent de Gournay, fisiócrata del siglo XVIII, contra el intervencionismo de la monarquía absoluta en la economía.

12 En 1961, Ernesto Che Guevara, como ministro de Industria de Cuba, avizoraba esto cuando previno en su famoso discurso en la reunión del Consejo Interamericano Económico y Social: “Ya sabemos todos el íntimo sentir del Departamento de Estado Norteamericano [...]. Es que hay que hacer que los países de Latinoamérica crezcan, porque si no, viene un fenómeno que se llama castrismo que es tremendo para Estados Unidos” (Guevara, 1961). Sería imposible explicar las claves de esta iniciativa continental norteamericana, sin entender el telón de fondo de la Guerra Fría. En efecto, Cuba suponía un nuevo referente en la región, que comenzaba a afianzar sus lazos comerciales en el campo socialista y mostraba en América Latina que, frente al capitalismo *made in USA*, había “otro mundo posible”.

totalidad por los sucesores de Kennedy tras su asesinato en 1963, en Dallas. Los siguientes años, con Lyndon B. Johnson como presidente de los Estados Unidos, fueron de desmantelamiento parcial de dicha Alianza para el Progreso;¹³ el nuevo presidente se mostraba progresista hacia adentro de los Estados Unidos, presentándose como el nuevo fundador del New Deal —a la manera de Roosevelt—, al mismo tiempo que encabezaba una política exterior muy conservadora hacia América Latina. La razón principal de este viraje se explica fundamentalmente porque los Gobiernos latinoamericanos no habían realizado todos los cambios estructurales comprometidos. Era necesario ir a por más, e incluso sin zanahoria, porque el garrote económico también se podría imponer por la fuerza. Desde ahí en adelante, Estados Unidos iba a redefinir el sentido de la Alianza para el Progreso, convirtiéndola en un programa de cooperación económica centrado exclusivamente en materia financiera y monetaria, sin política social y sin preocuparse por los principios democráticos.

¿Pero qué más se necesitaba para que esta hegemonía organizativa se fuese consolidando (irreversiblemente) en materia económica? Para convencer eficazmente de cuál es la mejor forma de organizar la casa, primero, entonces, habría que convencer de cuál es la mejor manera de vivir. Por tanto, el poder capitalista mundial tenía que apresurarse a fijar el rumbo/horizonte en modo de pensamiento único, en modo de sentido común de época en lo económico. ¿Cómo? La respuesta reside en la construcción hegemónica del mito del desarrollo para aquellos países que son previamente diagnosticados como subdesarrollados. En este sentido, Walter W. Rostow¹⁴ es uno de los grandes impulsores de esta idea. Como padre de la teoría de la modernización, se propuso dar soporte y continuidad a lo pronunciado en el discurso de investidura de Truman en el año 1949 acerca de la búsqueda del *desarrollo para los subdesarrollados* como mecanismo de crear una neo-dependencia en la nueva configuración mundial capitalista. Desde entonces, el concepto de

13 El presidente Johnson no creía en este proyecto desde su inicio. Así dijo una vez: “Esos latinoamericanos, descalzos y hambrientos, toman todo hasta que alguien los detiene” (cit. por Schlesinger, 1968).

14 Rostow, militar de carrera, trabajó en la Casa Blanca como redactor de discursos de Eisenhower; luego, en 1960, estuvo con Kennedy en su campaña presidencial; más tarde fue número dos del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca y, poco después, presidente del Consejo de Planificación Política; entre 1964 y 1966 fue parte del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso.

“desarrollo” cobró protagonismo en las agendas políticas y económicas, iniciando así la Era del Desarrollo como objetivo central del proyecto hegemónico que buscaba una nueva reconfiguración del poder capitalista mundial (Quijano, 2000). Al releer el discurso de Truman, se observa que el centro de atención no recae en el desarrollo, sino precisamente en su opuesto: el subdesarrollo.¹⁵ La propuesta hegemónica partía de un diagnóstico en que los estándares comparativos eran los de la realidad estadounidense, con el objetivo a posteriori de proponer una hoja de ruta para realidades diferentes que llevaran a una realidad común. Resultaba más rentable definir en negativo —subdesarrollo como ausencia de desarrollo—, que preguntar a la población por unos objetivos en clave positiva y propositiva. Es como definir a alguien que es negro como no-rubio; y así, a posteriori, enseñarle el camino para llegar al estándar rubio, aunque no sea este su objetivo propio, sino más bien una imposición externa. La base sobre la que se cimienta esta estructura teórica y política tiene, en resumen, dos componentes: primero, los países centrales —que se autodenominan “desarrollados”— realizan un diagnóstico para los países periféricos —denominados “subdesarrollados”—; y segundo, les indican el camino y la receta para llegar al “desarrollo”.

El paradigma desarrollista servía como base para exportar una manera de entender el progreso y, por ende, influir en el diseño de las políticas económicas para lograrlo.¹⁶ Esta propuesta neocolonizadora del *Norte* consideraba que: 1) el desarrollo es el destino final de un proceso

15 Truman no inventó el término derivado “subdesarrollo” (que se atribuye a Wilfred Benson en 1942). Pero este segundo término solo fue empleado discretamente en el mundo académico y las instituciones internacionales, hasta que Truman también lo puso en circulación: “Debemos lanzarnos a un nuevo y audaz programa que permita poner nuestros avances científicos y nuestros progresos industriales a disposición de las regiones insuficientemente desarrolladas para su mejoramiento y crecimiento económico [...]. El antiguo imperialismo —la explotación al servicio del beneficio exterior— no tiene nada que ver con nuestras intenciones. Los que pretendemos es un programa de desarrollo basado en las ideas de una negociación equitativa y democrática. [...] Todos los países, incluido el nuestro, podrán beneficiarse ampliamente de un programa positivo que permitirá utilizar mejor los recursos humanos y naturales del mundo”.

16 Georgescu-Roegen (1994) denomina esta estrategia “imperialismo exosomático occidental”; Latouche (2004) demuestra que el término “desarrollo” no se encuentra en el vocabulario de la mayoría de civilizaciones; simplemente no existe, y sin embargo, desde hace años, forma parte de un paradigma civilizatorio hegemónico; Escobar (1998) sostiene que el desarrollo es un proyecto tanto económico (capitalista) como cultural, en dos sentidos: surge de la experiencia particular de la modernidad europea; y subordina a las demás culturas y conocimientos, las cuales pretende transformar bajo principios occidentales.

evolutivo, simple, unidireccional y lineal; 2) el subdesarrollo es una etapa intermedia de convergencia hacia el grado aceptable de desarrollo; 3) la falta de capital es lo que impide materializar la transición desde la etapa tradicional hacia la industrial; y 4) la única forma de aumentar los ingresos de una zona —evitando la dependencia de créditos concedidos por países extranjeros— es aumentar la explotación de los recursos naturales (Rostow, 1963). Se proponía, además, un recetario por etapas que culminaría en una suerte de momento culminante del consumo —una quinta etapa de “consumo en masas”—. El crecimiento económico equivale así a desarrollo. El emparejamiento de ambos términos condujo a que el concepto de desarrollo se circunscribiera a la cuestión económica, a la valoración monetaria (a precios de mercado), a lo crematístico. El Producto Interior Bruto (PIB) se convierte, desde este momento, en el principal indicador de desarrollo en el mundo capitalista.

Esta teoría dominante del desarrollo ignora adrede muchos elementos fundamentales y determinantes para las sociedades consideradas subdesarrolladas, tales como los siguientes aspectos: 1) la estrecha y vinculante relación institucional/económica/comercial/política/cultural entre los países desarrollados y los subdesarrollados; 2) la imposición de las élites políticas en los países subdesarrollados por parte de los poderes económicos del primer mundo capitalista; 3) los efectos sobre los patrones de consumo del *Sur* por parte de una hegemonía cultural del *Norte* (lo que el escritor Monsiváis denominaba “los *Nortes del Sur*”); 4) la soberanía truncada de la región, país o comunidad, que no pueden elegir cuál es el horizonte de “desarrollo” que desean; 5) la matriz productiva de los países subdesarrollados, que no se puede transformar si los países enriquecidos imponen las reglas del comercio internacional; 6) la cuestión distributiva, que nunca interesó a la teoría económico dominante.

De esta forma, este mito —*solo hay un único desarrollo posible para cualquier país subdesarrollado*— se constituía realmente en uno de los principales pilares sobre el que se podría seguir construyendo un sentido común de época, en lo económico, desde el bloque histórico hegemónico. Gracias a ello, unido a toda la arquitectura política-social-cultural-económica-institucional-comunicacional venida del Norte, y acompañado por su propio paradigma económico teórico dominante, Estados Unidos y sus satélites iniciaban —luego de la Segunda Guerra Mundial— la conformación de un bloque histórico hegemónico que iría organizando la casa-mundo al servicio del patrón de acumulación capitalista, y que además

buscaba derrumbar al campo socialista —o a cualquier otra alternativa que interpelara el orden establecido—. Así este bloque histórico hegemónico iría adecuando, gracias a su estructura y superestructura y gracias a su sólido cuerpo orgánico e ideológico, una sociedad política y una sociedad civil a su justa medida, que se fuera adhiriendo cada vez más naturalmente al sentido común de época que más interesaba para la reproducción irreversible del sistema capitalista

En esos años, Hugo Chávez todavía era muy niño para darse cuenta de que la casa donde había nacido pertenecía a otra gran casa, llamada mundo, que venía siendo organizada desde muy lejos.

1.2. La Venezuela (y la América Latina) de la época

Chávez nació un 28 de julio de 1954, el mismo año del golpe de Estado a Jacobo Arbenz en Guatemala. Conocido como el “soldado del pueblo”, Arbenz fue un militar que protagonizó la revolución de 1944, comandando una alianza cívico-militar que promovió por primera vez en el país elecciones libres. Y a partir de este momento comenzaron “diez años de primavera” a favor de la clase trabajadora. Ese mismo año, 1954, Alfredo Stroessner comandaba un sangriento golpe en Paraguay, para instalar una dictadura que se prolongó durante treinta y cinco años. También en 1954 se produjo el golpe de Estado en Brasil contra Getulio Vargas, el padre del *Estado Novo* que transformó al país y terminó suicidándose. En Argentina, el presidente Perón también sufrió un golpe de Estado en 1955, que comenzó una dictadura militar autodenominada Revolución Libertadora. Definitivamente, Chávez nació en una América Latina de dictaduras: Trujillo en República Dominicana, Somoza en Nicaragua, Batista en Cuba. La doctrina Eisenhower,¹⁷ como estrategia de represalia masiva de la Guerra Fría, servía para poner en orden a los países no alineados en América Latina mediante un adoctrinamiento forzoso vía golpe de Estado. Se prolongaba así la inserción subordinada de la región latinoamericana en el mundo, desde el período protocapitalista en los inicios de la mundialización de la economía a inicios del siglo *xvi* hasta la mitad de siglo *xx*.

Mientras tanto, el rol económico de la región se mantenía: proveer de materias primas a los países centrales con concesiones ventajosas, también en términos laborales, financieros, impositivos y comerciales. Para

17 En alusión al presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, en el período 1953-1961.

ello, se necesitaba una sintonía absoluta entre los Gobiernos de los países centrales y los mandatarios de los países latinoamericanos. En caso de no haberla, era preciso imponerla con dictaduras aliadas, que permitieran fácilmente extraer todos los recursos necesarios para el desarrollo del *Norte*. La ecuación de economía política precisaba en todo momento que, por una u otra vía —democracia cuando el resultado electoral era favorable a sus intereses o dictadura si era de otro signo político—, siempre hubiesen unas “élites gobernantes” serviles a los intereses de afuera, parcialmente ajenas a las dinámicas locales.

El sector privado primario-exportador se incorporaba al sistema-mundo con escasa dependencia de la economía local, pues solo requería legislaciones laborales y tributarias favorables de un Estado que, además, le brindara condiciones ventajosas para exportar —con políticas cambiarias y arancelarias a su conveniencia—. El *rentismo privado primario-exportador* en los países periféricos latinoamericanos fue condición sine qua non para la dinámica de acumulación de los países centrales. Por un lado, estaban aquellas pocas empresas dedicadas a la exportación de bienes agrícolas sin valor añadido (como cacao, café, bananos, cereales, etc.) que conformaban mercados oligopólicos; a veces, eran firmas nacionales con fuerte alianza internacional, y otras veces, directamente empresas de capital extranjero. Este sector primario exportador requiere atención mínima desde afuera siempre y cuando esté suficientemente concentrado como para no permitir emerger nuevos poderes nacionales que pongan en duda el pacto externo; además no requiere grandes inversiones tecnológicas. Sin embargo, había otro sector primario exportador, no del agro, que sí exigía otra forma de relacionamiento internacional. Concretamente, cuando se trataba de la gestión de recursos naturales que sirven como fuente energética —estaño, gas, petróleo, carbón, cobre, etc.—, que requieren de grandes inversiones y ciertos niveles de desarrollo tecnológico para su extracción, y que además garantizan siempre una tasa de ganancia superior al agro, estos se convertían en objeto de explotación transnacional sin participación de la élite local.

Así, ordenadamente, se repartía la riqueza local entre el poder central extranjero y una minoría local extranjerizada, produciendo una suerte de alianza imperial que dejaba fuera de todo beneficio a las mayorías subalternas. Para que funcionara eficaz y sosteniblemente este pacto sin que la mayoría desfavorecida se inmiscuyera —en forma de conflictos sociales— era necesario contar con un Estado que mantuviera el

orden requerido, la organización de la casa adecuada para el capital extranjero. Si esto se lograba a través de las reglas de la democracia liberal que permitían elegir a representantes de las élites, perfecto. Pero en el caso que no fuera así, es decir, si llegaban al poder representantes elegidos democráticamente que usaban el respaldo mayoritario para (re)distribuir el poder económico —por la vía de reapropiación de los recursos naturales y el reparto del excedente con distribución de los beneficios sociales—, entonces el poder extranjero imponía formas dictatoriales para concentrar las decisiones políticas que garantizaran la concentración del poder económico. La dictadura fue históricamente la base de la doctrina Eisenhower, funcional para que la soberanía del *Sur* estuviera en el *Norte*. Así que por una vía u otra, democracia aparente o dictaduras, se instalaban Estados corporativos que operaban funcionalmente para mantener la tasa mundial de ganancia del capital.

Chávez no pudo desconocer esos tejemanejes que se urdían en el *Norte* pensados para América Latina. Había nacido en medio de la dictadura de Marcos Evangelista Pérez Jiménez —impuesta desde fines de 1952, cuando Pérez Jiménez se autoproclamó presidente provisional de Venezuela, luego de rechazar los resultados electorales adversos a su partido en las elecciones para Asamblea Nacional Constituyente—. ¹⁸ La provisionalidad se convirtió en permanencia, y el dictador se prolongó por los siguientes cuatro años, hasta ser derrocado por las fuerzas revolucionarias de Venezuela dirigidas por una Junta Patriótica. La cual instala una Junta de Gobierno que convoca elecciones a fines de 1958, ganadas por Rómulo Betancourt, cuando Chávez solamente tenía cuatro años.

El nuevo presidente ya había ejercido el gobierno interino años antes (1945-1948), y durante los años de la dictadura residía, en su tercer exilio, en Nueva York. Fue allí, en el centro económico de Estados Unidos, donde se fraguó el porvenir de los siguientes 40 años de la política venezolana. A fines de 1957, aún con el dictador Pérez Jiménez en el poder, tiene lugar en Nueva York una reunión a la que asistieron Rómulo Betancourt, en representación de AD (Acción Democrática, partido que en ese momento estaba más cerca de la socialdemocracia) y los representantes de otros dos partidos venezolanos: Rafael Caldera por Copei (Comité de Organización Política Electoral Independiente; partido conservador socialcristiano)

18 La Junta de Gobierno había convocado, en noviembre del 1952, a elecciones para Asamblea Nacional Constituyente.

y Jóvito Villalba por URD (Unión Republicana Democrática; partido de centro). También asistió el multimillonario empresario petrolero Nelson Rockefeller.¹⁹ En esta reunión, luego conocida como Pacto de Nueva York, se definieron las bases del Pacto del Punto Fijo a partir del cual se instaló en Venezuela una democracia controlada por las élites y encorsetada en el bipartidismo —un sistema falso de alternancia, porque las coincidencias siempre eran excesivas—.

En enero de 1958, como ya se dijo, el dictador Pérez Jiménez fue derrocado. Se celebraron elecciones bajo los acuerdos del *puntofijismo* y ganó Betancourt. El nuevo presidente comenzó su gestión con un gabinete en el que se encontraban todos los suscriptores del Pacto, destacando Carlos Andrés Pérez. Años después, Chávez recordaría que “con la caída de la dictadura había comenzado una esperanza de cambio” (Ramonet, 2013: 173). No obstante, estas expectativas desaparecerían rápidamente cuando Betancourt orientó su política de acuerdo a las exigencias del pacto neoyorquino. Se ilegalizó el Partido Comunista bajo el supuesto de que su exclusión era imprescindible para lograr gobernabilidad, por ser considerado un adversario de la democracia. Es decir, la gobernabilidad en aras de la estabilidad del mundo capitalista se antepone a cualquier democracia que diera cabida electoral a opciones que estuvieran cerca del campo socialista.

Luego, en 1961 se aprobó una nueva Constitución —que durará hasta 1999—, muy parecida a la de 1947, derogada en su momento por el dictador Pérez Jiménez. Así comienza en Venezuela la IV República. En materia económica, Betancourt aplicó medidas de reducción de gasto público, reduciendo el sueldo y salario a los empleados públicos en un 10%, y también introdujo la obsesión —anticipo neoliberal— con el control del equilibrio presupuestario —sin alcanzarlo—. Como diría Chávez muchos años después, “Betancourt rápidamente traiciona, revela que no es un izquierdista; la oligarquía y la burguesía criollas lo envuelven y el imperio penetra su gobierno” (Ramonet, 2013: 173).

La izquierda se refugió en la montaña, en la guerrilla, huyendo de la represión cada vez más cruel de parte del Gobierno. Alguien como Ernesto Guevara, que se había encontrado con Betancourt en 1953-1954 en Costa Rica, señaló que había “conocido a un venezolano que dice ser

19 Quien además era miembro del Partido Republicano y luego llegó a ser vicepresidente en el período 1974-1977.

un revolucionario pero estoy convencido de que no es ningún revolucionario”. Más tarde, en 1959, el Che sostuvo que “ya está firmemente con Estados Unidos”, afirmación que puede comprobarse en el discurso encomiástico que Reagan le dedicara a Betancourt en su funeral en 1981.²⁰ Curiosamente, este discurso se pronunció en la misma ciudad donde se había gestado el Pacto del Punto Fijo.

No es de extrañar que Betancourt, al poco tiempo de ser electo presidente, recibiera al presidente Kennedy, en 1961. Como era de esperar, Venezuela firmó el acuerdo de la Alianza para el Progreso, lo que obligaba al país a asumir las políticas propias de un país periférico insertado sin soberanía en el sistema capitalista, a partir de compromisos como: 1) tomar medidas a favor del libre comercio para permitir a los países centrales disponer de un nuevo mercado —en lo comercial, en lo financiero, en inversiones extranjeras directas—; 2) controlar la inflación como gran objetivo macroeconómico, que se prioriza por encima de cualquier otro aspecto de la economía real —empleo, distribución de recursos, productividad—; y 3) promover la cooperación monetaria con Estados Unidos: esto es, supeditar la política monetaria venezolana a la hegemonía de la divisa de Estados Unidos. Todo ello codujo a una creciente extranjerización de la economía venezolana, lo que provocó que el abastecimiento de insumos y bienes locales fuera reemplazado por importaciones, impactando en forma negativa en la capacidad productiva doméstica. Además, con estas políticas económicas, Venezuela daba la espalda a Cuba, rechazando al campo socialista o a cualquier iniciativa que se le pareciera. El *puntofijismo* incluía el compromiso de ubicar al país en los engranajes que el modelo hegemónico capitalista mundial del desarrollismo imponía a cada país. La estrategia para alcanzar la edad de oro del capitalismo necesitaba disponer de países dóciles que asumieran el rol exclusivo de oferentes de materias primas sin valor agregado, y que para ello mantuvieran condiciones estables de gobernabilidad aunque estas implicasen dejar fuera de la democracia a todo aquel que se opusiera.

20 Este fue su discurso: “Hablo en nombre de todos los americanos al expresar nuestra tristeza por la muerte de Rómulo Betancourt. Más que cualquier otra cosa, él fue un patriota venezolano; un amigo cercano y especial de los Estados Unidos. Durante los años cincuenta, consideró a los Estados Unidos como un refugio mientras estaba en el exilio, y nos sentimos orgullosos de haberlo recibido. Nos sentimos honrados que este valiente, cuya vida le dedicó a los principios de libertad y justicia —un hombre que luchó contra dictadores de izquierda y derecha— pasó los últimos días de su vida en nuestras playas. Nos unimos al pueblo venezolano y a aquellos que aman la libertad alrededor del mundo, al luto por su muerte” (Reagan, 1981).

Esta inserción sumisa hacia afuera, de máxima dependencia, tenía su contraparte hacia adentro con una política social amortiguadora de demandas insatisfechas, para reducir potenciales revueltas populares. El modelo keynesiano para gestionar el capitalismo fue la opción elegida por la Alianza del Progreso en aras de combatir el emergente campo socialista, con Cuba como gran símbolo para América Latina desde el año 1959. Se trataba de imponer internamente una política económica basada en un *Estado de Bienestar en Miniatura*, dedicado a repartir el mínimo necesario del excedente económico, por goteo, hacia las mayorías. Esta redistribución de mínimos hacia la mayoría del pueblo venezolano no se parecía en nada al *Welfare State* que comenzaba a conformarse en Europa en el proceso de reconstrucción luego de la Segunda Guerra Mundial, ni a las políticas del New Deal que se venían aplicando bajo el keynesianismo estadounidense. En Venezuela, el formato era completamente distinto porque el Estado se iría conformando no en concordancia con un espacio público representativo del interés colectivo, sino más bien en espacios privados corporativos —anclado en el Pacto de Nueva York—. Lo colectivo no era más que una sumatoria de intereses privados y particulares, con peso desigual a favor de los intereses de las élites. Bajo esta premisa, el Estado debía tener una política no integral, sino por el contrario, de acciones fragmentadas, a modo de compartimentos estancos que beneficiaran, sobre todo, a los organismos representantes de los sectores empresariales y a aquellos sectores laborales que daban el apoyo necesario para la estabilidad necesaria al sistema capitalista mundial.

Las primeras señales de este corporativismo pueden atisbarse en el período 1960-1964, cuando durante el Gobierno de Rómulo Betancourt se incluyeron representantes de Fedecámaras (Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela; el gremio empresarial más importante del país) en el Directorio de Cordiplán (Oficina Central de Coordinación y Planificación de la Presidencia de la República); como así también en la constitución de la Comisión de Planificación Agrícola con representantes del sector privado.

Sobre la Venezuela petrolera

Chávez no inventó el petróleo, sino que nació en una Venezuela que desde hacía décadas ya era un país eminentemente petrolero. La historia de Venezuela durante el siglo xx está íntimamente relacionada con la historia del petróleo. Desde la segunda revolución industrial, en el último

cuarto del siglo XIX, acompañando al carbón, el petróleo cobró máxima importancia como fuente energética en los nuevos procesos productivos industriales que tuvieron lugar en los países centrales. En 1859, en Pensilvania, Estados Unidos, se descubrió el primer yacimiento petrolero en Titusville. Desde entonces, los países industrializados pusieron todo su empeño en controlar fuentes petroleras para garantizar la energía suficiente para el nuevo patrón de crecimiento económico. Así comenzó una peregrinación por todo el mundo en busca del oro negro.

Con la Primera Guerra Mundial, la importancia del petróleo creció no solo por ser un negocio en alza, sino también por tratarse de un asunto estratégico en la geopolítica mundial (Rodríguez, 2007). En ese contexto internacional, Venezuela se convirtió en un enclave central. En 1873, el Gobierno de Antonio Guzmán Blanco concesionó la explotación del lago de asfalto natural, conocido como Guanaco, con reservas estimadas en 75 millones de barriles petroleros. En 1885 esta misma concesión fue traspasada a la New York and Bermúdez Company. A fines del siglo XIX y principios del XX, el peso de la explotación petrolera en la economía venezolana era todavía insignificante y todavía no era parte de la matriz cultural dominante en el imaginario colectivo. En 1905, el presidente venezolano Cipriano Castro dictó una ley que permitía el acceso de compañías petroleras a los yacimientos nacionales, con concesiones hasta por 50 años. Así se implementaba un sistema institucional que legalizaba la expropiación a favor de unas pocas empresas privadas, que solo pagaban un impuesto anual y una regalía por el usufructo. Más tarde, con el dictador Juan Vicente Gómez se volvió a regular para que fueran los grandes consorcios petroleros angloholandeses y norteamericanos los que controlaran absolutamente toda la actividad petrolera. Continuamente, se seguía buscando nuevos yacimientos petrolíferos. El descubrimiento en 1922 del yacimiento Los Barrosos 2 en el Campo La Rosa, con provisión para 100.000 barriles diarios, marcó un punto de inflexión en la historia de Venezuela. Desde entonces en adelante, el petróleo se convertiría en la base de la economía y sería el principal factor para traer renta del exterior. Hasta 1920, Venezuela era un país eminentemente rural, con tan solo un 27% de su población en asentamientos de más de 2.500 habitantes; su renta per cápita en ese año apenas alcanzaba los 435 dólares —frente a la media de 1.042 dólares del resto de las economías latinoamericanas, o los 2.675 dólares de las economías industrializadas (Montero, 2006)—. Con la importancia que

cobró el petróleo, se imprimió un cambio social y económico notable, aunque ello no significó que la redistribución de la renta petrolera hacia abajo fuera en la misma proporción de aquella que se hacía por arriba.

La producción petrolera venezolana fue adquiriendo cada vez mayor importancia. De unos 20 millones de toneladas equivalentes de petróleo (TEP) que se producían en 1937, ascendieron a 30 millones de TEP en 1941 y se dispararon por encima de 90 millones de TEP en 1946 (Rodríguez, 2007). La Segunda Guerra Mundial es un hecho que explica este aumento exponencial. En esos años, el presidente venezolano Isafas Angarita cambió las leyes para aumentar la participación estatal mediante una Ley de Hidrocarburos y una Ley de Impuesto sobre la Renta. Estas medidas permitieron aumentar la capacidad impositiva del Estado venezolano sobre la industria petrolera. Pero esto no puede confundirse con una reivindicación de soberanía sobre este importante sector estratégico, cuando la exploración, explotación, producción, refinación, transporte y comercialización seguía en posesión de consorcios privados extranjeros. Una cosa es la capacidad tributaria que permite generar ingresos públicos a partir de la renta petrolera comercializada en el exterior y algo muy distinto es una política de soberanía sobre un recurso natural que permita disponer de todo el ingreso público de esa renta petrolera y, lo que es aún más importante, que el Estado determine la política de este sector estratégico. Si el Estado es propietario en toda la cadena de producción, la renta obtenida es ganancia pública, una vez descontados los costos para obtenerla. Si, por el contrario, el Estado solo establece un impuesto sobre la explotación privada, el resto del beneficio no gravado es un excedente económico que queda en manos del capitalista. Es entonces cuando la disputa se circunscribe a la renta diferencial, que se puede explicar por la alta productividad de los yacimientos petroleros venezolanos en comparación con los yacimientos estadounidenses. No confundir lo uno con lo otro es muy importante si nos proponemos caracterizar con rigor qué significa la dependencia del petróleo. En efecto, no hay una única manera de depender del petróleo.

El petróleo, así, fue constituyéndose en el centro de la economía venezolana. En 1926, los ingresos derivados de la exportación de hidrocarburos superaron por primera vez a los generados por la exportación de productos agrícolas tradicionales (café y cacao). En 1928 Venezuela produjo más de 290.000 barriles diarios de petróleo de los cuales exportó alrededor de 275.000, situándose como el segundo

productor y el primer exportador de petróleo en el mundo. La renta petrolera se convertía desde ese año en la principal fuente de ingreso para la economía venezolana. Se originaba así una estructura económica muy desequilibrada en términos macroeconómicos, debido a los grandes desfases entre la capacidad productiva y la entrada de renta externa. El ingreso generado en la economía venezolana ya no se podía explicar a partir del desarrollo de las fuerzas productivas nacionales. Y, en consecuencia, gracias a la transferencia internacional de renta hacia Venezuela por el pago de impuestos y regalías por el uso del petróleo, había ingresos extra que impulsaban una capacidad de consumo desconectada de la capacidad productiva nacional. Es decir, el ingreso generado para la economía venezolana dejó de tener equivalente en una base de economía real productiva.

El capitalismo rentista se impuso así como modo dominante para ordenar las relaciones económicas en Venezuela desde principios de siglo xx. Sin comprender este hecho, no solo por su relevancia en el cuadro macroeconómico sino también por los desfases entre productividad y renta exterior generada, sería imposible comprender la dinámica económica en Venezuela desde entonces. Pero no se trata exclusivamente de una relación macroeconómica entre variables de productividad y renta generada, sino que hay que considerar un aspecto central de economía política: los nuevos actores externos en la política económica interna. La distribución de la renta diferencial es objeto de una disputa de economía política, en la que intervienen desde entonces: las empresas transnacionales petroleras, que buscaban quedarse con el mayor porcentaje en términos de ganancia extraordinaria; el Estado, que optaba por disponer de una porción concreta de la renta a través del impuesto y regalía; y por último, la población que se beneficiaba de la política pública derivado de este ingreso petrolero. Como dice Montero (2007), la historia del petróleo en Venezuela es la historia del conflicto entre el Estado, propietario del recurso, y los inversores, tanto nacionales como internacionales, dedicados a su explotación. Esa ecuación de economía política, de reparto del ingreso del petróleo, es la que determina la historia económica, política y social de Venezuela. El conflicto distributivo nació en el mismo momento en que el petróleo se convirtió en centro de la economía generando un significativo volumen de renta. Y, por tanto, política y economía están tan estrechamente relacionadas que es imposible hablar de la una sin la otra y viceversa.

Durante el Gobierno democrático del escritor Rómulo Gallegos se establecieron las bases para una política de “No más concesiones petroleras”. Para ello se impulsó una reforma legal, adoptada el 12 de noviembre de 1948, que definió la fórmula conocida mundialmente como *fifty-fifty* (50-50), de reparto del excedente petrolero entre el Estado y las compañías concesionarias extranjeras.²¹ Estas nuevas condiciones de reparto, que perduraron una década —incluso durante la dictadura de Pérez Jiménez—, redujeron los beneficios de las empresas extranjeras. Este marco regulatorio fue luego modificado por Rómulo Betancourt en 1959, cuando se incrementó la participación del Estado al 60% como mínimo, reduciendo aún más el porcentaje de beneficios de las empresas extranjeras. Este hecho se dio en un contexto en el que, desde finales de la década de los cuarenta, la importancia del petróleo del Golfo Pérsico en el mercado mundial estaba en ascenso.

No obstante, el petróleo seguía siendo el cordón umbilical entre Venezuela y Estados Unidos. No se puede analizar un escenario sin el otro: no se puede entender la política económica en Venezuela sin saber cómo procedía el gran vecino del *Norte* en esta materia. Desde 1947 en adelante, Estados Unidos deja de ser exportador neto de petróleo y se convierte en importador neto. La producción fuera de Estados Unidos creció desde esa fecha. Ante tal circunstancia, en 1958 el presidente Eisenhower impuso una política de cuotas de importación petrolera, limitando lo que se importaba de cada país para proteger a la industria estadounidense ante los crecientes suministros de petróleo barato proveniente de Arabia Saudita y otros países del Medio Oriente. El resultado inmediato fue una sobreoferta de petróleo fuera de los Estados Unidos, que redujo los precios y provocó descontento creciente entre los países exportadores, especialmente en Venezuela y Arabia Saudita. Para el presidente Betancourt esto tenía un efecto desfavorable en el presupuesto público por la reducción de exportaciones, lo que introducía un problema fundamental para la política interna desde el inicio de su gobierno en 1959. Esto condujo a Venezuela a impulsar la creación de una Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), para

21 Gracias fundamentalmente al ministro de Fomento Juan Pablo Pérez Alfonzo, responsable entonces de todo lo relacionado con minas e hidrocarburos. Luego de la caída de Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, Pérez Alfonzo pasó siete meses en la cárcel de Propatria (Caracas). Posteriormente fue expulsado del país. Vivió con su familia en el exilio hasta la caída de Marcos Pérez Jiménez en 1958.

tener mayor capacidad de estabilizar la caída de los precios a partir de controles de producción.²² La OPEP era, sin duda, un gran contrapeso a un mercado dominado por siete grandes empresas, conocidas como las Siete Hermanas.²³ Además, había otra razón adicional para que Betancourt apostara por la OPEP: Estados Unidos rechazó su pedido de trato preferencial, un Trato Hemisférico. Esto, unido a la demanda interna de un pueblo agotado de sufrir políticas represivas e injustas, hacían que el presidente Betancourt se inclinara por una nueva política petrolera en alianza con los Estados productores, asegurando así una renta petrolera que era la condición para mantener la estabilidad económica y social, y la gobernabilidad comprometida en el Pacto de Punto Fijo.

La tensión distributiva adquiría, desde entonces, una dimensión internacional en la que se puede distinguir, por un lado, la disputa entre Estados petroleros y empresas explotadoras del petróleo, y por otro lado, la presión derivada de la demanda del recurso natural para abastecer energéticamente el elevado patrón de consumo de las economías desarrolladas. Venezuela era sin duda —y sigue siendo— centro de gravitación de esta gran disputa geoeconómica, clave en términos estratégicos. Un dato refleja con claridad la importancia del país caribeño en este mundo capitalista: entre 1917 y 1960, se exportaron más de 18.000 millones de barriles de petróleo, cantidad que representó el 53% del total de recursos petroleros certificados en todo el territorio venezolano.

1.3. Primeras huellas en el pensamiento económico de Hugo Chávez

Decía uno de los primeros grandes economistas que influyó a Chávez, John Kenneth Galbraith, que “las ideas económicas siempre son producto de su época y lugar; nunca pueden verse al margen de la realidad que interpretan” (1991: 11). Para entender el pensamiento económico de Chávez resulta fundamental conocer con profundidad quién fue de niño, dónde nació, bajo qué circunstancias creció, cómo fue su entorno familiar en lo económico, político y social; y cómo interactuó y se relacionó

22 Se funda la OPEP en Bagdad el 14 de septiembre de 1960. En ese momento estuvo conformada por Arabia Saudita, Irán, Irak, Kuwait y Venezuela.

23 Estas eran: 1) Standard Oil of New Jersey (Esso), 2) Royal Dutch Shell, 3) Anglo-Iranian Oil Company (luego conocida como British Petroleum), 4) Standard Oil of New York (luego conocida como Mobil), 5) Standard Oil of California (Chevron), 6) Gulf Oil Corporation (luego adquirida por Chevron) y 7) Texaco (que luego se fusionó con Chevron).

con el contexto histórico que vivió en sus primeros años, antes de llegar a ser el Chávez revolucionario, el Chávez político.

Hugo Rafael Chávez Frías nació en un pequeño pueblo, Sabaneta, en el estado llanero de Barinas, durante la era de la Alianza del Progreso para América Latina, en la edad de oro del capitalismo mundial. Sin embargo, nació en una casa de paja que nada tenía que ver con esta “década de oro”. Por casualidad —o no— el apellido Chávez proviene del vasco *etxabe*, que quiere decir “casa de abajo”. Precisamente Chávez nació en una casita de abajo, de los de abajo, de las mayorías que no eran parte del Progreso ni del Desarrollo pregonado por el *Norte* para atraer al capitalismo a los países del *Sur*.

El pequeño Hugo creció ajeno a la década dorada del capitalismo caracterizada por una elevada tasa de ganancia para el capital privado y por la concentración de la riqueza sin parangón en los últimos siglos. La familia Chávez, sin embargo, no pertenecía a ninguna clase privilegiada, ni a aquella elite local extranjerizada, ni al poder económico central del capitalismo, ni a la clase trabajadora de los países centrales. El *establishment* dominante aludía al término de década dorada porque la tasa de crecimiento de los países centrales capitalistas, fundamentalmente Estados Unidos, había crecido a un ritmo lo suficientemente elevado como para aumentar, en términos absolutos, tanto la gran porción de ganancias de los capitalistas, como la mínima porción de la clase trabajadora, sin que el valor relativo de participación del sector capitalista se viera afectado, sino todo lo contrario. Se trataba evidentemente de un pacto desigual entre clase capitalista y clase trabajadora, que sin embargo proporcionaba la estabilidad social y política adecuada para la reproducción del sistema dominante. Así, el capitalismo volvía a reorganizar el mundo, permitiendo que unos estuvieran muy satisfechos, y otros no demasiado insatisfechos para querer cambiar el orden económico imperante. Pero este *Pacto de Bienestar* era cuestión exclusiva de los países centrales como mecanismo para gestionar las relaciones sociales de producción, asegurando su reproducción. La periferia latinoamericana era necesaria en tanto se incorporara para garantizar la provisión de recursos naturales, y en tanto se incorporara paulatinamente a las pautas de consumo del *Norte* para asegurar una gran demanda mundial. Así, de esta forma, es como ha de ser insertada la periferia latinoamericana al centro capitalista, en modo subordinado y dócil socialmente, siendo para ello necesario un *Pacto de Bienestar en Miniatura* que distribuya lo mínimo

para que no hubiera ningún tipo de revuelta social ni protesta. Con ello, era prioridad garantizar que el topo siguiera bajo tierra, sin motivos materiales para exigir un cambio de las reglas del juego.

En el caso venezolano, esto era aún más sencillo por la elevada renta petrolera internacional que se podría captar para asegurar una redistribución interna de mínimos. En ese ambiente, nació Hugo Chávez en un lugar lejano del círculo por el que transitaba la tasa de ganancia del capital, pero paradójicamente con suficiente capacidad de fijar las condiciones de trabajo de sus padres, en qué circunstancias podía acudir a la escuela, o si podría o no llegar a la universidad.

Hugo Chávez fue un niño pobre pero no pasó hambre. Vivió sus primeros años en una casa de paredes de bahareque y techo de palma, con suelo de tierra. Fue a la escuela, aunque el primer día no lo dejaron entrar porque llevaba unas alpargatas que no eran admitidas en la escuela pública del pueblo. Su papá fue vendedor ambulante de carne e iba por los pueblos con un burro que cargaba su mercancía; luego consiguió trabajo como maestro de un caserío llamado San Hipólito, alejado de donde residía la familia. Por eso fue sobre todo la abuela, Rosa Inés, quien crió y educó al pequeño Hugo, mientras se ganaba la vida vendiendo frutas a una heladería de migrantes italianos. También preparaba dulces en forma de arañas que el propio niño vendía en las calles y en su escuela.²⁴ Estudió sus primeros años al mismo tiempo que trabajaba con la abuela en esa “microempresa”.²⁵ También se dedicó por un tiempo a hacer y vender cometas —o papagayos, como se llaman en Venezuela—. En fin, era todo un pequeño hombre de negocios, como confesaría más tarde: “tuve un pasado capitalista del que a veces me avergüenzo (con risas)”.

Sabaneta era un pueblo pequeño, en el que la mayoría eran pequeños agricultores, dedicados también a la economía forestal y vinculados a grandes aserraderos que solían ser propiedad de migrantes italianos. Había muchos inmigrantes debido a que el dictador Pérez Jiménez favoreció la venida de españoles —particularmente canarios—, italianos y portugueses, que llegaban en masa después de la Segunda Guerra Mundial. Sabaneta era también un punto estratégico de paso

24 De ahí vienen sus cuentos del Arañero y su recuerdo de cómo atraía a los clientes: “arañas calientes, pa’ las viejas que no tienen dientes”.

25 Ese fue el término que el Chávez adulto dijera en broma sobre esa situación en comparación con lo trabajado por algunos teóricos del desarrollismo capitalista (Ramonet, 2013: 139).

hacia Colombia, y tenía una importante actividad comercial que atrajo a buena parte de la migración árabe. Como el mismo Chávez dijo más tarde, Sabaneta es un pueblo pequeño pero muy cosmopolita.

Solo hay dos acontecimientos que pueden relacionar la infancia de Chávez con la gran política económica de Estados Unidos para América Latina —la Alianza para el Progreso—. El primero es un recuerdo que el pequeño Hugo, de 6 o 7 años, tiene de dos niños estadounidenses, John y David, que llegaron a su pueblo para repartir comidas, alimentos, avena de marca Quaker.²⁶ Llevaban guantes de béisbol y enseñaban inglés en la escuela. Estos niños eran miembros de los Peace Corps (Cuerpos de Paz), creados por el presidente Kennedy para difundir la defensa de la paz y de la amistad por el mundo, como parte de la Alianza para el Progreso. De hecho, el propio Kennedy visitó por primera vez Venezuela en diciembre de 1961. En aquella ocasión, su mujer, Jacqueline, hizo entrega en Maracay de títulos de propiedad a campesinos en el marco del acuerdo con Betancourt para la reforma agraria. No hubo mejora en materia de inversiones, ni maquinaria ni tecnología para que los campesinos incrementaran el rendimiento de las tierras. Después de pocos años, la reforma agraria acabó de hecho facilitando una mayor concentración de la tierra. Los latifundistas compraron a precio bajísimo las tierras a aquellos campesinos empobrecidos que no sabían qué hacer con ellas, ni tenían incentivos para la producción en un momento en que el petróleo se volvía omnipresente en el imaginario económico de la sociedad venezolana. Como reflexionó Chávez años después, la “Venezuela petrolera” no tenía ningún interés en producir alimentos.

El segundo hecho que liga la infancia de Chávez con la Alianza para el Progreso es la campaña alfabetizadora que llegó a Venezuela como parte de este acuerdo. Hugo Chávez participó como alfabetizador de dos campesinos usando un libro que se llamaba *Abajo cadenas*, aludiendo al inicio de una estrofa del himno venezolano. Ese manual proponía el método más pasivo posible de aprender, copiando y repitiendo —todo lo contrario de lo propuesto en una pedagogía transformadora como, por ejemplo, la de Paulo Freire—. Se eliminaba así toda posibilidad de que el proceso educativo fuera percibido como una política de emancipación. En su época madura, Chávez también fue muy crítico con esa manera que tenía la Alianza para el Progreso de “alfabetizar” —políticamente— a los campesinos en Venezuela.

26 Quaker Oats Company es una corporación estadounidense de alimentos con sede en Illinois, Chicago, que data de 1901.

Estos fueron los dos únicos contactos que tuvo Chávez con la Alianza para el Progreso. Por lo demás, seguía estudiando como un niño pobre en una escuela cualquiera de un pueblo cualquiera, mientras los años sesenta se iban convirtiendo en la década de oro para el capitalismo. Durante ese período, seguía gobernando Rómulo Betancourt en Venezuela, y el interés por el país era cada vez mayor en el resto del mundo. Una muestra de ello fue cuando en 1964 el general De Gaulle visitó Caracas como presidente de Francia, con el claro objetivo de contrarrestar la presencia de Estados Unidos en América Latina. Chávez solo tenía 10 años cuando De Gaulle dio un discurso en el Congreso Nacional denunciando todas las hegemonías, en clara alusión al papel de Estados Unidos en la región, instando a construir Estados a partir de verdaderas independencias nacionales. Procuraba así presentar una vía distinta de relación con los países de América Latina, en un momento de máxima importancia geopolítica en que se disputaba buena parte del tablero económico mundial con muchos recursos naturales en juego.

En el año 1966, con 12 años, Hugo Chávez cambió el pueblo por la pequeña ciudad al trasladarse a Barinas, capital del estado, para continuar estudiando tras haber terminado la primaria. Cursó sus estudios secundarios en el Liceo O' Leary, una escuela pública de bajos recursos. En esos años, el Chávez adolescente quería ser pintor y en segundo lugar anhelaba ser beisbolista; en todo caso, permanecía alejado de la política aunque esta determinara su vida, como la de todos los chicos venezolanos. Hubo entonces dos sobresaltos políticos de importancia: uno, el asesinato del Che Guevara en Bolivia, bajo la dictadura de Barrientos, el 9 de octubre de 1967. Y otro, el asesinato de Martin Luther King en Memphis, un año después. De lo primero, Chávez guardó recuerdo porque el asesinato del Che fue un notorio aviso al campo socialista, concretamente al cubano, de que no se podrían propagar las ideas socialistas por el resto de América Latina. El testimonio de ese momento queda en un dibujo que hizo de la cara del Che para unos amigos en Barinas, reflejando un golpe emocional por la pérdida de un gran líder político regional y mundial. En cambio, Chávez no recuerda el asesinato de Martin Luther King porque, según él mismo, los medios de comunicación de entonces en Venezuela no le dedicaron mucho espacio al atentado sobre este gran hombre que defendía a los negros en un país que seguía practicando políticas sociales y económicas de discriminación sobre ellos. No obstante, luego también reconocería en Martin Luther King a un héroe americano, a un revolucionario inspirador.

Mientras en Barinas el adolescente Chávez continuaba sus estudios secundarios, en el mundo seguían sucediendo acontecimientos que parecían lejanos, en lo inmediato, para su formación. Ni el mayo francés de 1968 ni la guerra de Estados Unidos en Vietnam son parte de sus recuerdos de esta época.²⁷ Más bien el adolescente Chávez estaba en ese momento más atento a sus estudios y a su afición al béisbol. Tanta fue su pasión por este deporte que estableció su única fugaz relación con el mundo petrolero cuando pidió a la compañía privada Mobil que “patrocinara” con unas camisetas a su equipo amateur.

Será precisamente el béisbol la vía de entrada del adolescente Chávez a la Academia Militar en Caracas. En el año 1970, ya con dieciséis años, conoció a José Rafael Angarita, quien le cuenta que se incorporaría a la Academia Militar de Caracas después de haber asistido a una conferencia de reclutamiento en Barinas. Precisamente fue en 1970 cuando la Escuela Militar se transformó en Academia Militar gracias al Plan Andrés Bello, que incluía un período de formación universitaria previo a ser militar. El adolescente Hugo Chávez deseaba ir a Caracas, atraído por ser esta ciudad el centro del béisbol venezolano, y también porque ahí tendría la oportunidad para continuar sus estudios universitarios; todavía sin prestar excesiva atención a lo que venía sucediéndose en el plano político en el país. Tal como el mismo Chávez atestiguó más tarde, “a mi edad, ni siquiera había empezado a sentir con fuerza el llamado de la historia [...]. No hubo nunca profundización ni siquiera en el estudio de las grandes personalidades históricas, Bolívar, Zamora”. En marzo de 1971, el adolescente Chávez se inclinó por inscribirse en la Academia Militar, y apenas cumplidos los diecisiete años comenzó una carrera que marcaría para siempre su pensamiento político y, por tanto, económico.

Esta etapa, desde su niñez hasta el inicio de su juventud en la Academia Militar, contiene una serie de influencias, aparentemente no ordenadas ni estructuradas. Sin embargo, todo lo vivido cotidianamente en Sabaneta, y luego en Barinas, será parte del Chávez más adulto. Chávez

27 Las rebeliones de mayo en Francia iniciaron con la protesta de un grupo de estudiantes universitarios que acaba contagiando a muchos obreros, y desemboca en la mayor huelga general de la historia francesa, que forzó a elecciones anticipadas. Un año antes, comenzaron los primeros síntomas de agotamiento de los años de oro del capitalismo, con despidos y reducción de salarios para compensar rápidamente la caída de la tasa de ganancia. Por otra parte, la guerra de Vietnam comenzó en 1959 y duró hasta 1975, emprendida por Estados Unidos con el único objetivo de impedir la reunificación de ese país bajo un gobierno comunista en plena Guerra Fría, con el resultado desastroso de cientos de miles de muertos.

había nacido como pueblo, y esto siempre sería de gran ayuda para su futuro político. Como diría Gramsci: “No hay que ir al pueblo, hay que ser el pueblo”. Y Chávez nació y creció como pueblo.

Los primeros años de Chávez fueron claves en su manera de razonar, explicar y pensar los hechos; de adquirir, como diría Marx, conciencia de clase, que a la postre será determinante para su acción política. Esto explica que Chávez haya desarrollado a la larga un pensamiento económico original y sólido, alimentado por las experiencias de la vida cotidiana así como por nuevas influencias procedente de los textos leídos y discutidos en la Academia Militar y fuera de ella. Estas influencias de juventud fueron interpretadas en sintonía con las primeras de la infancia: la dialéctica de las unas con las otras permitieron que Chávez desarrollara una matriz propia de pensamiento económico difícil de encajar en paradigmas predefinidos. Esto nos obliga a estudiarlo como creador de un pensamiento económico propio, con un sincretismo tan amplio, diverso y complejo que constituye un paradigma particular.

Chávez entró en la Academia Militar en el mismo año en que Nixon, como presidente de Estados Unidos,²⁸ decidió desligar el dólar del patrón oro. Se terminó así la convertibilidad dólar-oro, facilitando aún más la hegemonía de la moneda estadounidense, ya sin necesidad de respaldo, y con un único proveedor. Este hecho fue un revés para los bancos centrales extranjeros, que en adelante no pudieron convertir dólares en oro de forma automática. En cambio, no era una medida con impacto interno en Estados Unidos porque sus ciudadanos no estaban autorizados a tener oro desde 1933. Esto marcó un antes y un después en la historia económica mundial: el envoltorio monetario pasaba a ser la “mercancía” y la mercancía “dejaba de tener valor” porque un gobierno así lo decretaba. La excusa principal para esta decisión unilateral fue la *desmonetización* del oro. Esto es, se suponía que era necesario dejar que el oro tuviera valor propio y no como moneda de cambio.²⁹ Sin embargo, esta versión oficial de la historia, contada desde la teoría económica dominante, esconde muchas razones políticas que explican realmente por qué se produjo este cambio en la política económica mundial.

28 Ganó en las elecciones primarias del Partido Republicano a Reagan con una propuesta más conservadora. Fue elegido presidente en 1968.

29 Detrás de esta teoría está el economista neoliberal Milton Friedman, quien ya dijo en 1960 que “el oro actualmente es más una mercancía cuyo precio está legalmente garantizado que la base de nuestro sistema monetario” (Friedman y Schwartz, 1963).

En realidad el Gobierno estadounidense eludía con esta maniobra la responsabilidad de disponer de oro suficiente para respaldar los dólares emitidos en las últimas décadas. El dólar se constituyó así en un patrón de dominación mundial sin requerimientos ni respaldo material exigido. Este resultado no se consiguió de un minuto a otro, sino que se requirió tiempo para que la fe en el oro se trasladara a la fe en un papel sin valor en sí mismo. De hecho, Nixon reivindicó la hegemonía de Estados Unidos para que varios países firmaran el Smithsonian Agreement, según el cual se comprometían a mantener un cambio fijo con el dólar.³⁰ Se generaba así una “serpiente monetaria” que permitía que todas las monedas estuvieran en relación directa con el dólar en oscilaciones de bandas estrechas. Gracias a esto, algunas monedas se convirtieron en polos de atracción para otras. Sin embargo, en 1973 algunos países rompieron este acuerdo, y sus bancos centrales dejaron de adquirir reservas en dólares, abandonando el tipo de cambio fijo.

Esta es solamente una de las circunstancias que ayudan a entender rigurosamente lo que sucedió durante las sucesivas crisis económicas en la década de los setenta en el campo capitalista. Nuevamente el modelo capitalista revelaba su falla orgánica, que derivó en una crisis sistémica cristalizada en múltiples aristas económicas. Hay mucho que explicar para entender con precisión qué sucedió en esos años para que el capitalismo agotara una etapa y transitara a la siguiente con un nuevo modelo organizacional (neoliberal), que dejó atrás el keynesianismo imperante en los años previos.

La guerra de Vietnam, junto a otros gastos de guerra —muchos armamentísticos— había supuesto para Estados Unidos un alto costo para las arcas públicas. A ello hay que sumar el —cada vez más— elevado desequilibrio en la balanza comercial. La situación macroeconómica en Estados Unidos presentaba un galopante déficit gemelo —déficit comercial y déficit presupuestario—, que instó a replantear cómo instrumentalizar mejor —para sus intereses— la hegemonía militar y económica que tenía en el mundo. Pero esta situación interna venía acompañada de dos cuestiones complejas que permiten pensar realmente los múltiples factores que confluyeron en este momento histórico. Las crisis de 1973 o la de 1979, ¿fueron exclusivamente crisis petroleras como muchos economistas no se han cansado de repetir? No. Pero no hay duda de que este recurso

30 Incluso firmaron países con importantes monedas propias, como Alemania y Suiza.

natural, por su papel protagónico, también tuvo mucha repercusión en la economía mundial en esa década. En 1973 la oferta del petróleo se vio gravemente reducida debido, en un primer momento, a la guerra de Yom Kipur de Israel contra dos países petroleros, Egipto y Siria. Esto elevó el precio del petróleo en tiempo récord, lo que benefició significativamente a aquellos países no afectados por esta guerra. En los tres meses finales del año el precio del petróleo se cuadruplicó, y Venezuela resultó beneficiada. La demanda de este recurso natural seguía siendo muy alta en los países más industrializados. Por ejemplo, en 1974 Estados Unidos, con apenas el 6% de la población mundial, llegó a consumir el 33% de la energía generada en el mundo. Frente a la subida de precios del petróleo, esta dependencia estadounidense de la importación petrolera generó aún mayor desequilibrio comercial, y además un encarecimiento de los productos que dependen de este recurso natural. Esta combinación, unida a las causas previamente citadas, condujo a que Estados Unidos entrara en un período de estanflación, es decir, estancamiento económico e inflación.

La nueva preocupación en el sistema capitalista por el petróleo se refleja fehacientemente en la teoría económica dominante, la neoclásica, que desde estos años en adelante modifica el tratamiento analítico de los recursos naturales en sus modelos de crecimiento económico. Hasta el momento, la teoría neoclásica —como mencionamos en apartados anteriores— había decidido que el desarrollo no era más que el crecimiento económico, sin importar el reparto de los beneficios, y procurando desviar la atención de cómo se concentraban las ganancias en pocas manos. Hasta este momento el modelo matemático más utilizado de crecimiento económico era el realizado por Solow (1957, 1974). Este modelo no contabiliza de ninguna manera los recursos naturales como factor productivo necesario para el crecimiento económico. Esto es así porque confía en la paradoja tecnooptimista de Jevons: no es necesario tener en cuenta ningún recurso natural para producir bienes y servicios.³¹

Frente a esto, emergía un nuevo paradigma crítico, aún en construcción: la economía ecológica.³² Uno sus máximos exponentes, Georgescu-Roegen,

31 Solow había escrito: “Si resulta muy sencillo sustituir otros factores por recursos naturales, entonces en principio no hay problema. El mundo puede, de hecho, pasar sin recursos naturales” (1974: 11)

32 Esta corriente teórica supera el marco neoclásico, y abandona también la visión antropocéntrica, mecanicista, crematística y parcelaria de la economía convencional. Este nuevo paradigma teórico comienza a consolidarse entre los años setenta y ochenta del siglo xx.

sostiene que “mantener que el mundo puede, de hecho, pasar sin recursos naturales, es ignorar la diferencia entre el mundo y el jardín del Edén” (1975). Esta polémica continuó hasta que la teoría económica neoclásica dominante tuvo que plegarse a incorporar los recursos naturales en la función de producción, aunque lo hiciera bajo condiciones incongruentes.³³ Una muestra clara de este repliegue de la teoría conservadora es el informe encargado por el Club de Roma en 1972, *Los límites al crecimiento*, más conocido como Informe Meadows, que cuestiona el uso de los recursos naturales en la forma que se venía haciendo; aunque sin decir nada en contra del sistema capitalista que lo generaba. De alguna manera, se podría afirmar que desde este momento comienza a gestarse el concepto de “desarrollo sostenible” en el marco del sistema capitalista mundial, que tendrá posteriormente una gran influencia en todos los países y en sus políticas económicas. Una vez más, el capitalismo reconocía errores pero sin cuestionar las estructuras que los causaban.

Por otro lado, también se debe tomar en cuenta el comportamiento de la tasa de ganancia del capital a fines de los sesenta para esclarecer las raíces de la crisis del sistema capitalista. Este comportamiento se puede explicar a partir de las contradicciones sistémicas: desde un enfoque endógeno, entre la producción y la acumulación capitalista (Mandel, 1979, 1986, y Brenner, 1998); y desde un enfoque exógeno, entre consumo y producción capitalista. Ambos enfoques no son excluyentes, sino que se interrelacionan. De hecho, cabría añadir algunas contradicciones más: la existente entre la producción y las finanzas —aunque no fuera característica de esta época, sino más bien de la situación al final del siglo xx y a inicios del siglo xxi—, y entre fuerzas productivas y fronteras nacionales. Sea por una o por la suma de todas esas contradicciones, la caída tendencial de la tasa de ganancia frena la acumulación del capital que venía caracterizando la edad de oro del capitalismo, del progreso y del desarrollo (desigual). Como diría Arrighi, “la tendencia a la crisis está indisolublemente unida a la existencia misma del capitalismo” (1976).

Los fundamentos de la economía ecológica están gobernados por las leyes de la termodinámica, permitiendo un análisis cointegrador (Naredo, 2001), holístico, transdisciplinario, abierto y coevolutivo en la relación entre la economía, la sociedad y el medio ambiente (Norgaard, 1984), sin descuidar el marco de la economía institucional y el estudio del poder relacional y estructural (Strange, 1988).

33 Esta incorporación se hizo mediante el modelo de Solow-Stiglitz (referenciando por Daly, 1997). Sin embargo, Georgescu-Roegen (1979) critica el supuesto de la existencia de sustitución perfecta entre el factor capital y el factor de los recursos naturales.

El desequilibrio en la concentración de la riqueza había sido sostenible gracias a la redistribución parcial del excedente económico para las mayorías, aunque insuficiente para mantener un patrón de consumo creciente y sostenido en el tiempo, que asegurara la demanda necesaria para que las ventas se mantuvieran a buen precio, y por ende asegurando una tasa de ganancia elevada. Se volvía a demostrar la incapacidad del capitalismo para mantener un pacto entre una acumulación capitalista basada en el incremento elevado de la tasa de ganancia y los beneficios sociales y económicos para una mayoría ciudadana. Al analizar los datos, esto se constata en el estancamiento de la masa de ganancia hacia fines de los sesenta y principios de los setenta.

A partir de ahí, el círculo se vuelve vicioso porque se impone la visión más conservadora que procura explicar la crisis como consecuencia de los altos salarios de los trabajadores, que supuestamente ocasionan inflación debido a la mayor demanda por el alto poder adquisitivo. Según esta tesis, el principal ajuste para corregir la caída de la tasa de ganancia habría que realizarlo sobre la fuerza de trabajo, reduciendo costos de producción, sea por la vía de empobrecimiento salarial de una clase trabajadora o por el despido. Aunque ello conllevara indiscutiblemente a que el consumo se redujera por un efecto negativo de la renta disponible. A menos salario, menos consumo, y por tanto, a la larga, menos ventas que permitieran amortiguar la caída de los beneficios empresariales.

Este círculo vicioso se explica justamente por la incapacidad del capitalismo para resolver las contradicciones entre producción, consumo y patrón de acumulación concentrador de la riqueza. Así, para la mayoría de la población siempre queda destinado el porcentaje menor del pastel, que solo permite mantener el sistema —por la vía del consumo— durante unos años. El declive de la época dorada del capitalismo comenzó con la disolución de ciertas premisas básicas para la reproducción del sistema. Se terminó el crecimiento sostenido: mientras el PIB de los dieciséis países más ricos del mundo aumentó a una tasa media del 4,9% anual en términos reales durante el período 1950-1973, esta cifra se redujo drásticamente en el período posterior. Lo mismo pasó con la tasa de productividad: que había pasado del 1,9% como promedio anual del período 1913-1950 al 4,5% a partir de los cincuenta, hasta un 3-7% anual en los sesenta.

Entonces se comenzaron a cuestionar las famosas teorías del “capital humano” propuesta por Schultz (1959) y Becker (1964), que en plena Guerra Fría pretendían aliviar la presión ideológica sobre el capitalismo (Arenas Posadas, 2003). Las protestas de los trabajadores frente a despidos y reducciones salariales aumentaban en número e intensidad en los países centrales, y esto hacía que el desequilibrio estable entre trabajadores y capitalistas comenzara a romperse, sin que ninguna teoría del capital humano fuera capaz de evitarlo. A partir de 1973, el sector industrial, que había crecido mucho en años anteriores, comenzaba poco a poco a contraerse.

Pero este escenario de crisis mundial del sistema capitalista tenía un impacto diferente sobre los diversos países periféricos (en América Latina). En el caso venezolano, todo dependía de su inserción petrolera en el mundo capitalista. Debido al creciente desbalance entre oferta y demanda de petróleo, el precio del petróleo acabó multiplicándose. Para el petróleo venezolano, el precio por barril que en 1970 era de 1,76 dólares, en 1973 llegó a 3,56 dólares, y en 1974 alcanzó 10,31 dólares. Los ingresos se multiplicaron por más de seis en ese corto lapso: si dichos ingresos eran de 1,4 mil millones de dólares en 1970 (equivalentes al 10% del PIB) en 1974 ascendieron a 9 mil millones de dólares (40% del PIB; ver Montero, 2006).

Durante estos años, la democracia venezolana continuó anclada en el Pacto de Punto Fijo, que defendía un modelo económico no democratizador, ni respecto a las fuentes de ingreso y distribución de la renta petrolera, ni tampoco en cuanto al poder económico privado emergente. Por un lado, el monopolio que ejercía el sector petrolero sobre el resto de la economía era un hecho muy notorio, impidiendo cualquier intento de reorientar la economía al sector productivo real no petrolero. No había incentivos para producir bienes alimenticios ni manufacturas, ni otros bienes con valor agregado, porque la economía de estrecha base petrolera bastaba para tener una renta cómoda internacional que afluía a Venezuela casi sin mayor esfuerzo. El sector productivo era desplazado por la renta petrolera que generaba un cómodo crecimiento económico. Por esas fechas, la teoría dominante interpretaba el caso venezolano como el de un país “en vías de desarrollo”.

Por otro lado, tampoco existía una distribución justa y equitativa de los recursos públicos recaudados gracias a la política económica

petrolera. El modelo venezolano de entonces no tenía soberanía integral sobre este recurso natural, sino que aplicaba solo una política de mayor capacidad recaudatoria: a cambio de permitir el control estratégico a las grandes transnacionales mediante concesiones privilegiadas, cobraba un peaje tributario. Esta política económica petrolera era descaradamente regresiva, con una redistribución injusta, de repartir mucho para una minoría transnacional y el resto, mucho menor, para las mayorías venezolanas. No obstante, esta distribución de mínimos era considerada como un gran avance cualitativo y cuantitativo con respecto a los años anteriores. Era tanto el ingreso que entraba en la economía venezolana que el ínfimo derrame que alcanzaba a la población parecía un alivio, a pesar de no existir ningún proceso real de democratización de la economía.

Es innegable que la renta petrolera indujo nuevos patrones de consumo —lejos aún del consumo de los países industrializados—. Comenzó a observarse un aumento del consumo privado de las familias, pero esto no fue una variable democratizada, sino que se concentró de manera significativa en una clase social muy reducida, y dejando un mínimo (insuficiente) para la mayoría social. Este aumento de consumo solo podría ser satisfecho, por un lado, por un emergente y creciente sector importador privado; y por otro lado, por un reducidísimo sector productivo enfocado en algunos bienes de escaso valor agregado —que más que producir, lo que hacía realmente era “ensamblar” el producto final para que pareciera venezolano, aunque importara la mayoría de insumos intermedios del extranjero—.

La dependencia importadora fue otro rasgo característico y distintivo de muchas economías periféricas, especialmente de aquellas que tenían un nivel de ingreso importante por la exportación de materias primas sin valor agregado. Venezuela y otros países de América Latina (Argentina, Brasil y México) tenían esas propiedades: rentismo exportador, creciente consumo concentrado y dependencia importadora cada vez mayor. En este escenario, la corriente ideológica contrahegemónica más notable que apareció en América Latina luego de la Segunda Guerra Mundial es la teoría de la dependencia.³⁴ Esta teoría defiende una tesis sencilla, pero que parecía revolucionaria por cuestionar la teoría ortodoxa del desarrollo de Rostow. La tesis consistía en afirmar la estrecha dependencia entre las economías

34 Con referentes como Prebisch (1949), Furtado (1964), Dos Santos (1970), Sunkel y Paz (1970), Cardoso (1973), Faletto (1976).

centrales y periféricas, esto es, entre el crecimiento económico de Estados Unidos, Europa y América Latina. El subdesarrollo de América Latina está encadenado al desarrollo de los países centrales del sistema capitalista. Por ello, los países subdesarrollados no pueden alcanzar el desarrollo de manera aislada, sin cambiar el patrón de la economía dependiente del resto de países centrales que han construido una hegemonía mundial de dominación en las relaciones económicas internacionales.

El régimen de acumulación global ordena los roles para los diferentes países: aquellos que son centro de gravitación del capitalismo, y otros que se ubican en la periferia, más bien como territorios disponibles para los centros de poder, tanto en provisión de materia prima sin valor agregado como para consumir los productos del centro. La teoría de la dependencia utiliza esta dualidad centro-periferia para explicar la economía mundial. La dependencia es el rasgo distintivo de los países capitalistas subdesarrollados, y tiene su origen en el carácter de las relaciones económicas internacionales, convirtiéndose en un freno para el desarrollo.³⁵ La periferia y el centro realizan tareas distintas y complementarias en función de la reproducción del sistema mundial capitalista. La periferia se ocupa de la primera fase de producción y exportación de materias primas mientras que el centro se encarga de la segunda fase de transformación y exportación de bienes manufacturados con valores añadidos. Con lo cual, la periferia exporta sus materias a bajo costo, recibiendo a cambio escasos beneficios, mientras que el centro exporta materias a alto costo, lo que le reporta enormes beneficios; proceso que Baran denomina la economía política del atraso (1957). Este tipo de relación condena a un desarrollo desigual (Amin, 1973), que se concreta en muchos indicadores económicos y sociales, dando lugar a una pobreza sistémica debida a un reparto desigual (Escobar, 1998).

En el seno de la teoría de la dependencia se puede observar dos corrientes, que parten del principio común antes explicado pero que se diferencian en un punto central: qué hacer para superar la dependencia. Por una parte, la teoría neomarxista de la dependencia —encabezada por Paul Baran (1959), Gunder Frank (1967) y Samir Amin (1973)— defendió la salida del capitalismo como única vía para evitar esta eterna dependencia. Por otra parte, la teoría estructuralista de la dependencia,

35 A partir del trabajo de Baran (1959) se desarrollarán tres vertientes de teoría de la dependencia: 1) el desarrollo del subdesarrollo, 2) los dependentistas de la CEPAL y 3) el desarrollo dependiente.

afincada en la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal), organización dependiente de Naciones Unidas, postuló un capitalismo nacional para reducir el grado de dependencia, y así transitar hacia una mayor independencia económica.³⁶

En relación a la primera corriente, cabe particularmente destacar a Wallerstein (2005), quien sostiene que el sistema-mundo contemporáneo es una economía-mundo capitalista, cuyo desarrollo ha de ser estudiado a partir de esta categoría analítica. El desarrollo no es cuestión de países, sino del sistema de la economía-mundo-capitalista, que establece una división internacional del trabajo entre procesos centrales y periféricos. En este escenario los intercambios se caracterizan por su desigualdad, con la consecuencia de beneficiar a los países involucrados en los procesos centrales. La característica esencial de esta economía-mundo capitalista sería “la producción de mercancías destinadas a la venta en un mercado con el objetivo de obtener máximo beneficio; en tal sistema la producción se amplía constantemente mientras se pueda obtener un beneficio, y los individuos inventan constantemente nuevas formas de producir cosas que amplíen el margen de beneficio”. Esto conduce a una lógica de intercambios entre puntos del sistema-mundo, dentro del cual “solo uno de ellos obtiene el máximo beneficio, ya que el intercambio de plusvalor dentro de un sistema es un juego de suma cero” (Wallerstein, 2005: 97), pues los beneficios de una parte del intercambio equivaldrán a las pérdidas del otro extremo. Es decir, la economía-mundo capitalista se caracteriza por el intercambio desigual al someter áreas periféricas a los países centrales, para así expropiar el plusvalor producido por los trabajadores, y también apropiarse del excedente de toda la economía-mundo (Wallerstein, 2005). Pero para Wallerstein, el sistema-mundo capitalista también tiene contradicciones: la búsqueda del incremento de los beneficios a corto plazo requiere que se disminuya la cantidad de excedente que consume la mayoría de los miembros del sistema y se aumente el de la minoría. Sin embargo, en el largo plazo para que el excedente siga creciendo es necesario un consumo de masas, en que la mayoría sea parte de la distribución del excedente producido, cosa que no ocurre en la mayoría de los casos.

36 Sin embargo, el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile produjo un quiebre en el pensamiento de la Cepal.

Por otro lado, el enfoque estructuralista *cepalino* fue el de mayor influencia en la región latinoamericana. Sin duda, tuvo un impacto muy notable en las nuevas políticas económicas en América Latina, de nacionalismo desarrollista, en los años sesenta y setenta. Se constituyó en lugar común de todos los proyectos políticos en América Latina sustentados en el nacionalismo, la soberanía y el antiimperialismo. Muchas nuevas iniciativas políticas en América Latina brotaron a partir de un discurso de rechazo a la injerencia extranjera, de recuperación de “lo nacional” en base al imaginario de una verdadera independencia, de emancipación absoluta de la dominación exterior. Se trataba de proyectos encaminados a desextranjerizar las economías, y a nacionalizarlas en la medida de lo posible —por la vía privada o mediante el sector público—. Con este objetivo, las teorías *cepalinas* de la dependencia en América Latina abogan por una nueva política económica basada en la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Esta propuesta cobra fuerza a partir de los años cincuenta, cuando aumenta la relación de dependencia periferia-centro. Este ideario tenía una gran influencia del pensamiento keynesiano porque no cuestiona el modelo capitalista y valora, en cambio, al Estado como motor de un proceso de industrialización que disminuye la relación de dependencia. Fueron muchos los proyectos con impronta nacionalista que comenzaron a emerger en América Latina; muchos no cuestionaban el modelo capitalistas, pero otros sí.

Entre las iniciativas más innovadoras, junto con la revolución castrista en Cuba, se encuentran los proyectos de Salvador Allende en 1970 en Chile, que con sus ideas socialistas emprendió una transformación económica nacional, con ambiciosas políticas de bienestar social y de recuperación de muchos sectores estratégicos.³⁷ El triunfo de la Unidad Popular de Allende trajo consigo políticas a favor de la independencia mediante el modelo ISI en que el Estado asumía un papel principal. En poco tiempo, se vieron resultados prometedores, interrumpidos por el golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973. Pero no solo el modelo socialista chileno abogó por una nueva vía, sino que muchos otros países con gobiernos nacionalistas también se propusieron recuperar soberanía con nuevas políticas económicas en busca de independencia. Casi todos los países en América Latina, en algún momento de este período, intentaron recuperar lo nacional como *leitmotiv* de programas políticos.

37 Recordemos que Allende ganó las elecciones de 1970 con el lema de aplicar la “vía chilena al socialismo”.

En todo caso, el recurso de lo nacional para legitimar el modelo ISI podía apostar por el Estado nacional como centro económico del proceso de transformación estructural, o confiar al sector privado nacional esa función. Ambas estrategias son absolutamente diferentes entre sí por muchas razones, pero fundamentalmente porque los actores en la ecuación de economía política eran radicalmente diferentes en cada caso. Aunque el Estado debía ser el garante público del interés colectivo en contra de los intereses particulares, en América Latina muchas veces era heredero de una fuerte tradición corporativista, que entendía lo colectivo como la suma ponderada de algunos intereses privados. En este caso, Estado corporativo y sectores privados coincidían en sus grandes objetivos. Eran dos caras de una misma moneda. Pero no siempre sucedía esto, porque en algunas circunstancias también existieron en América Latina gobiernos representativos de las mayorías, que entendían lo nacional como un proceso de soberanía, de emancipación y de democratización del poder económico a favor de toda la población.

Por estas circunstancias, históricamente el Estado fue en América Latina un lugar de disputa, en el que competían los intereses de las mayorías empobrecidas con los intereses de minorías enriquecidas. La correlación de fuerzas sociales-políticas-económicas-culturales-electorales, era la clave para dilucidar el futuro de esta disputa que, a la postre era determinante para interpretar el sentido de lo nacional. Cuando, como solía suceder, los poderes privados imponían condiciones a su favor para ganar electoralmente —o en su defecto, mediante el golpe de Estado— entonces, sea usando el Estado como intermediario o sin necesidad de ello, el modelo ISI venía a implementarse con un sentido corporativista de lo nacional. En este caso, común en América Latina en esos años, el modelo ISI podía ser simplemente interpretado como un cambio de dueños del país, pasando de una burguesía imperial a otra burguesía nacional, sin que ello produjese un cambio en el régimen de acumulación. En otras palabras, un modelo ISI podía, en casos de éxito, permitir una mayor independencia del poder económico de los países centrales a cambio de una mayor dependencia del poder económico local, que pasaría de ser sujeto económico agroexportador —de materia prima sin valor agregado— a convertirse en burguesía industrial productora de valor agregado. Este cambio cualitativo es significativo estructuralmente y también en términos macroeconómicos, porque mejora los términos de intercambio con el exterior. De esta forma, se pueden exportar con valor agregado los

nuevos productos y, lo que es más importante, se reduce la dependencia importadora, que es sustituida por producción nacional. Ahora bien, este hecho no altera la matriz distributiva haciéndola más justa. Porque en los casos en que el modelo ISI tenía éxito gracias a un sector privado que asumía el rol histórico de burguesía nacional productora, la nueva renta endógena se concentraba en pocas manos, repitiendo la lógica sistémica del capitalismo en la que unos pocos producen y se quedan con casi toda la plusvalía, aprovechando estructuras desiguales en las relaciones sociales y económicas de producción. Es decir, se podía cambiar la matriz productiva por cambios en los productos obtenidos, y también por cambios en los productores —nacionales en vez de extranjeros—, pero sin democratizar el poder económico que constituirá la oferta nacional para la nueva demanda interna. Así, la dependencia externa se reducía al mismo tiempo que aumentaba la dependencia interna; se cambia la restricción externa por la interna.

De cualquier manera, el modelo ISI fracasó en muchos países de América Latina por esta y otras razones que condujeron a que, más adelante, se volviera a justificar el *bobo aperturismo* de las economías periféricas para seguir importando bienes con valor agregado y exportando materias primas sin valor agregado. Esto es, se reforzaron los lazos de dependencia en las relaciones capitalistas entre periferia y países centrales. De hecho, el llamado “fracaso” de los modelos ISI en América Latina, además de resultar de la falta de cuestionamiento —en la mayoría de los casos— de las raíces estructurales del sistema capitalista, se puede aducir a otros desequilibrios como:

1. La tecnología era capital acumulado originariamente en los países centrales que no había sido jamás compartida, y además estaba sometida a estrictas reglas de propiedad intelectual privada.
2. El capital financiero también pertenecía monopolísticamente a unas pocas empresas transnacionales, que solo hacían préstamos a condición de una deuda eterna, bajo condiciones de máximo control estratégico.
3. La escuela *cepalina* no puso tanto énfasis en la distribución primaria del ingreso, esto es, de los medios de producción, ni en una redistribución de la renta en el proceso de industrialización, que asegurara un consumo democratizado gracias a un mejor salario para las mayorías.

4. Otro aspecto descuidado fue cómo la fuerza de trabajo podía insertarse virtuosamente en el modelo ISI: como no era una fuerza laboral con una cualificación democratizada, esto ocasionó también poca democratización salarial, medida en función de la productividad laboral.
5. No hubo una política cambiaria acertada que ordenara el tipo de cambio para que se produjera exitosamente el proceso de industrialización. Puesto que los países periféricos tenían aún una política económica que protegía a los agentes económicos agroexportadores, se abogaba más por tener políticas de devaluación de la moneda para favorecer precisamente la venta al exterior de estos bienes a precios más competitivos. Pero esto perjudicaba, y mucho, a las importaciones de insumos intermedios necesarios para el proceso de industrialización.

Estas son algunas de las razones que condujeron al fracaso de los modelos ISI en buena parte de América Latina, sin que ello quiera decir que no hubiera resultados positivos en algunos países en los que el Estado sí era suficientemente fuerte para planificar y ordenar la economía en dirección al cambio de matriz de producción. Incluso, en algunos casos, hubo una burguesía nacional dispuesta a cambiar de estatus como agente económico, dejando sus objetivos agroexportadores para convertirse en una burguesía más industrializada. A veces, no era necesario dejar lo uno para transitar a lo otro, sino que se ampliaba el negocio, teniendo así un poder económico privado mucho más concentrado.

Resulta preciso insistir en que en el modelo ISI la superación del rentismo exportador era respaldada por la intervención del Estado para compensar aquel potencial riesgo en caso de pérdidas económicas. Para dar incentivos al tránsito del sector privado agroexportador a la industria también se establecieron incentivos en materia de préstamos en condiciones más que ventajosas: costo cero para la empresa privada, a pesar que el Estado sí debía pagar un alto costo por una elevada tasa de interés contraída con los organismos internacionales de crédito. De esta forma, se producía un trasvase de fondos —derivado de la deuda pública que pagaban todos— hacia el sector privado. Hubo además subvenciones para reducir los precios de los insumos intermedios necesarios para la industrialización. Y puesto que las nacientes industrias privadas aún no disponían de economías de escala creciente para abaratar los costos unitarios de producción, establecían precios elevados para el mercado

nacional. ¿Cómo hacer esto competitivo con los productos más baratos del exterior? El Estado protegía la oferta nacional con altos aranceles a lo que llegara de afuera, desalentando la compra de producto extranjero, a favor de lo nacional, pero siempre a costa de precios más altos, sufrido por la mayoría social de bajo poder adquisitivo.

Todos estos factores condujeron a que, en los casos en los que hubo un éxito parcial de algunas industrias nacientes —como en Brasil, México y Argentina—, la economía se caracterizó por grandes desequilibrios estructurales en materia macroeconómica, pero también en términos de economía política porque se amplió la base productiva de la economía a costa de un estrechamiento de la base productora. O, dicho de otro modo, a costa de la democratización del poder económico.

Chávez no era ajeno a estos debates teóricos, porque tenían muchas consecuencias prácticas en la política latinoamericana y también en la venezolana. Los conceptos de progreso y desarrollo exportados por los países del *Norte* ya estaban instalados en el *Sur*. La Academia Militar no era una institución aislada del debate nacionalista, de cómo recuperar soberanía, a favor de quién, qué rol tenía el nuevo Estado. Por el contrario, esta institución siempre presumió constantemente de una retórica nacionalista, de patriotismo, de defensa del territorio nacional y sus intereses. Chávez era parte de este ambiente, aunque fuera aún un recién llegado para cursar sus estudios de Licenciatura de Ciencias y Artes Militares, iniciados el 8 de agosto de 1971.

Mientras tanto, el *puntofijismo* se prolongaba entonces como guardián de la estabilidad necesaria para que Venezuela siguiera dócil los mandatos de los poderes económicos de los países centrales en el sistema capitalista mundial. Al inicio de la década de los setenta, la noria electoral de ese sistema cerrado marcaba el turno de Rafael Caldera (fundador de *Copei*) para ocupar la silla presidencial.³⁸ Eran años en que dominaba una conciencia nacionalista, como ya se comentó, de proyectos nacionales para recuperar parte de la soberanía en materia económica. En este sentido, durante el mandato de Caldera, se denunció el Tratado de Reciprocidad Comercial con los Estados Unidos (1972), poniendo punto final al falaz trato igualitario de economías asimétricas, es decir, se rompía el viejo acuerdo del injusto “libre” comercio favorable para el país del *Norte*.

38 Ganó por un estrecho margen de 30.000 votos al candidato de Acción Democrática, Gonzalo Barrios.

Ese fue un importante cambio en la política económica exterior venezolana, pero no el único porque en ese período Caldera firmó el ingreso del país al Acuerdo de Cartagena o Pacto Andino, en febrero de 1973. Este hecho se explica debido a que las emergentes visiones nacionalistas en la región se conciliaban con una perspectiva latinoamericanista. Gracias, entre otros aspectos, a las corrientes desarrollistas *cepalinas*, que sí planteaban la necesidad de reforzar los lazos comerciales regionalmente. Sin embargo, este hecho no logró de ninguna manera revertir el patrón de relación comercial con el exterior, ya que se seguía dependiendo de las mismas potencias económicas, con poco intercambio con los países de América Latina. Las modificaciones en la política económica exterior se quedaron más bien en una declaración de intenciones sin efectos verdaderos para diversificar socios comerciales.

No obstante, Caldera era muy consciente de lo esencial que resultaba para mantener el *puntofijismo* una redistribución de mínimos hacia abajo, para que el derrame llegara a las mayorías, y que así se logaran condiciones sociales de gobernabilidad para consolidar el pacto de las élites partidarias. En este contexto se llevó a cabo la nacionalización de la explotación del gas (1971), se expidió la Ley de Reversión Petrolera (1971) y se aumentó el impuesto petrolero a las compañías privadas transnacionales. Gracias a estas medidas se hacía posible “engordar mejor al Estado”, pero lo que no cambió demasiado fue su espíritu corporativista, como así también la política económica, que continuó sin muchos cambios a nivel productivo, financiero, ni tampoco en el terreno laboral.

A pesar que hubo muchos analistas cercanos al *puntofijismo* que aplaudieron los resultados económicos y sociales de este mandato, hay dos datos que los cuestionan: 1) un informe elaborado por expertos de las Naciones Unidas en 1972 indica que en Venezuela se retrocedió o hubo estancamiento en todos los objetivos sociales, justicia distributiva y diversificación productiva; y 2) en el año 1973 la evaluación de los venezolanos sobre los políticos era claramente negativa: el 80% de la población pensaba que los políticos hablaban mucho y no hacían nada; el 70% consideraba que no se preocupaban por los problemas de la gente; el 47%, que no se preocupaban por los problemas del país; y cerca del 60% opinaba que el Gobierno funcionaría mejor sin los políticos (Torres, 1985). Son cifras que muestran el descontento popular con un sistema de estabilidad que a pesar de llamarse “democrático” no democratizaba mejores condiciones sociales, ni las posibilidades de consumo, ni el salario.

Chávez sentía de cerca ese contraste de múltiples aristas: un pacto democrático sin democratización económica, un Estado con muchos ingresos públicos (petroleros) pero no redistribuidos justamente, una economía creciente sin base productiva real. Permanentemente en la formación académica y militar del joven Chávez, el término de conciencia nacional era tan ampliamente usado que llegaba a significar cualquier cosa. Podía referirse simplemente al capital privado nacionalmente concentrado en pocas manos; a eso hasta se le podía denominar una política de soberanía nacional. Ese era, junto a otros temas, el gran debate que había en la Academia Militar con las lecturas en torno a la conciencia nacional, a través de próceres nacionales. Simón Bolívar y Ezequiel Zamora eran consultados, pero no eran el centro de interés de los programas académicos militares de este momento. Pasaban más bien desapercibidos, salvo para contadas excepciones, como es el caso del profesor Pérez Arcay. Pero la mayoría de profesores no se interesaban por el sentido emancipador del término “nacional”, sino que parecían circunscribirlo al concepto de “patria”, de defensa territorial, sin tomar en cuenta los intereses de las mayorías. De hecho, Chávez se refirió luego críticamente a su educación de las Fuerzas Armadas señalando que no podía aceptarse que “la clase rica [utilice] a los pobres para frenar a los mismos pobres usando las armas” (Ramonet, 2013: 371). Tampoco había una discusión sobre cuán democrática era la democracia pactada desde arriba, sin contar con los de abajo.

El joven Chávez comenzaba a ver de cerca cómo vivían los de abajo, porque su primer contacto con Caracas fuera de la Academia Militar fue en Catia, uno de los barrios más populosos y empobrecidos de Venezuela. Llegó ahí buscando al único contacto familiar en Caracas, Chicho Romero, el exmarido de una hermana de su madre, quien vivía en una casa de escasos recursos. Como el mismo Chávez dijo sobre ese primer contacto con la realidad, citando al cantante Alí Primera: “La verdad de Venezuela no se ve en el *country club*; la verdad de Venezuela se ve en los cerros; con su gente y su inquietud”.

La puja distributiva constituye un aspecto central en la primera etapa embrionaria del pensamiento económico del joven Chávez. Pero no exclusivamente por los contrastes entre los barrios empobrecidos de Caracas y lo que sucedía en el rico este de la ciudad, sino también porque estas diferencias fueron parte de su infancia en Sabaneta y Barinas. La justicia social y la equidad se constituyen así en pilar fundamental de

todo el pensamiento económico que va desarrollando Chávez, poco a poco, con una voluntad por mejorar la distribución de los recursos, para evitar que la equidad pasara a un segundo plano en los objetivos de cómo organizar la gran casa venezolana.

Al mismo tiempo, el joven cadete seguía atendiendo a la importancia de la teoría de la dependencia en América Latina, que se concretaba en la emergencia de algunos proyectos políticos fuertemente nacionalistas, en muchas ocasiones guiados por presidentes militares. El joven Chávez asistía a una escuela militar en la que ineludiblemente estas discusiones estaban presentes. Los militares latinoamericanos nunca estuvieron alejados del poder, sino todo lo contrario. Muchas veces se habían producido golpes de Estado militares en la región a favor de unos intereses privados; otras veces estas insurrecciones militares tenían como objetivo llevar a cabo políticas democratizadoras en todos los niveles de la vida social y económica. Y también se podía observar en América Latina otra tendencia de presencia militar, por la vía electoral.

Pero más allá de la discusión de las vías de acceso al poder, es importante resaltar las diferencias políticas en la gestión nacionalista una vez que se alcanza el poder. El joven Chávez se formaba exactamente en un lugar de gran debate acerca de esas estas polémicas y controversias.³⁹ A pesar de que Venezuela había optado por otra modalidad de democracia aparente, restringida por el *puntofijismo*, la cuestión del rol militar en la búsqueda de proyectos nacionalistas era de máxima trascendencia. El debate del desarrollismo nacional y las políticas de independencia económica eran lugares comunes habituales en la Academia Militar. Tanto así que Chávez ha señalado posteriormente que cuando era cadete estaba muy influido por tres proyectos políticos fuera de las fronteras venezolanas, con un claro punto de encuentro: los gobiernos de Juan Velasco Alvarado en Perú, Juan José Torres en Bolivia —a pesar de su corta duración—, y Omar Torrijos en Panamá. Los tres eran proyectos económicos fuertemente nacionalistas, a favor de las mayorías. Estos tres presidentes fueron parte de las influencias de esta primera etapa de formación del pensamiento económico del joven Chávez, marcando en él la impronta de proyectos fuertemente nacionalistas, de distribución de recursos, de absoluta soberanía sobre los sectores estratégicos, con un

39 Es importante recordar que en Venezuela tuvo lugar en 1962 el Carupanazo, una insurrección militar de ideología de izquierda.

modelo que apostaba al cambio de la matriz productiva por la vía de las políticas de Industrialización de Sustitución por Importaciones (ISI) y con una mayor democratización económica en acceso a servicios básicos, a satisfacer todas las necesidades sociales, a mejorar el consumo de las clases populares.

El joven Chávez comenzó así a recibir influencias nacionalistas, pero venidas desde afuera de las fronteras de Venezuela. Chávez muestra así una particular visión bolivariana que le permitía considerar que no es posible hablar de Patria sin atender a la relación de esta con el afuera. Esa vista más allá de la frontera venezolana es un fiel reflejo de la influencia de Bolívar en el pensamiento económico de Chávez desde sus inicios; Chávez rescata de Bolívar que la Patria Grande se construye a partir de muchas patrias y viceversa; no podía haber revolución nacional sin revolución de Nuestra América, como la llamaba José Martí. Es importante notar que desde el principio Chávez asumió esa dimensión del pensamiento bolivariano no como una tradición canónica definida en el pasado, sino como motor generador de una episteme propia que permitiera: 1) nutrir de contenido político los conceptos actuales de soberanía y patria, y 2) reconocer que la frontera no es un límite para no ver lo que sucede afuera. Este segundo aspecto es esencial para comprender cómo el joven Chávez irá edificando su propio pensamiento económico, todavía poco estructurado, pero que tiene una primera base que se va consolidando a medida que pasan los años, a partir de sus experiencias, vivencias, discusiones, influencias y lecturas.

Por ello, durante esta etapa como cadete en la Academia Militar, en un momento de progresivos nacionalismos económicos, el joven Chávez puso su mirada atenta en esos tres presidentes que serían fundamentales para su porvenir. La importancia de Velasco Alvarado era significativa en América Latina desde que en 1968 había llegado a ser presidente comandando un golpe militar que instaló lo que él mismo denominó Revolución de la Fuerza Armada. Un militar fuertemente nacionalista y presidente de un gran país, forzosamente era objeto de estudio y atención dentro de la Academia Militar en Caracas. El joven Chávez prestó más atención a este personaje cuando lo vio en una foto de prensa en el año 1971, junto con Fidel Castro, que venía a Perú luego de visitar a Salvador Allende en Chile. Chávez veía en Alvarado “un general progresista y nacionalista que está a la cabeza de un gran país hermano llevando a cabo cosas importantes” (Ramonet, 2013: 315). A partir de entonces, Chávez comenzó a leer

con mucho interés el Plan Inca como proyecto revolucionario peruano.⁴⁰ Se trataba de un plan nacional de desarrollo para alcanzar la independencia económica plena, y fue clave para Chávez porque encontró aquí una propuesta humanista, alejada del capitalismo aunque tuviera que coexistir con él y con un acercamiento prudente a los países socialistas de la época. Había, sin duda, ciertos aspectos de la política económica de Alvarado que atrajeron la atención de Chávez, como por ejemplo: 1) nacionalización de la banca nacional desde el inicio del gobierno; 2) nacionalización de los recursos mineros del país, reapropiándose el Estado de su control estratégico; 3) reforma agraria que terminó con el monopolio de la tierra y creación de muchas cooperativas agrarias de producción; 4) nacionalización de la industria pesquera orientándola hacia el consumo humano; 5) reforma del sector industrial para instaurar el modelo ISI; 6) control directo del Estado sobre las telecomunicaciones; y 7) mejora de las Fuerzas Armadas en cuanto a equipamientos.

Chávez tomaba nota de lo que consideraba una propuesta económica nacionalista de cambio, anclado vigorosamente en los postulados de la teoría de la dependencia; encontró en el proyecto de Alvarado una propuesta económica de mucho interés para pensar con sentido práctico las formas de industrializar el país para un nuevo desarrollo, alejado del desarrollismo de la teoría modernizadora de Rostow, que se ocupaba solo del crecimiento económico sin cuestionar la relación de dependencia de las economías subdesarrolladas con las ya desarrolladas. Chávez sentía que Alvarado acertaba al identificar el rol del sector privado en el cambio de la matriz productiva en busca de la industrialización. Una muestra de este acierto son estas palabras de Alvarado, que fueron destacadas posteriormente por Chávez: “Cuando hablamos de oligarquía no nos referimos en absoluto a los industriales ni a los empresarios que contribuyen a forjar la riqueza de este país, y que comprenden la necesidad de que el capital cumpla su responsabilidad social en el Perú... El pequeño y mediano industrial, y aun el gran empresario moderno, no integran esa oligarquía contra la cual estamos luchando... son oligarcas los grandes propietarios del dinero y las finanzas que utilizan su poder económico para comprar su poder político que sirven a sus intereses económicos. Son oligarcas los que monopolizan la riqueza y forman verdaderas argollas financieras para su solo beneficio, para aplastar

40 El Plan Inca se oficializó el 28 de julio de 1974 con ocasión del 153 aniversario de la independencia nacional del Perú.

a los pequeños y medianos industriales” (cit. en Ramonet, 2013: 317-318). Además, Chávez consideraba que el Gobierno de Alvarado había demostrado que las Fuerzas Armadas podían ser un motor de desarrollo y de cambios sociales. Sin embargo, discrepaba del general peruano en que él había optado por un Gobierno exclusivo de militares, y Chávez defendía una unión cívico-militar, en la línea del pensamiento de Fabricio Ojeda (1966) en la Guerra del Pueblo. Chávez pudo saludar personalmente al presidente Alvarado en Perú en 1974, cuando viajó a ese país para la conmemoración del 150.º aniversario de la batalla de Ayacucho. En ese acto, el joven militar venezolano recibió de Alvarado un libro de regalo, *Revolución nacional peruana*, en el que se explica con detalle el proyecto resumido en líneas anteriores. (Curiosamente ese libro, tan influyente en Chávez, tiene una tapa de color azul similar a la de la Constitución Bolivariana de Venezuela de 1999).⁴¹

Otro presidente de origen militar, fuertemente nacionalista, fue Juan José Torres en Bolivia. A pesar de su corto período en la presidencia —menos de un año, entre octubre de 1970 y agosto de 1971—, tuvo un pensamiento propio en materia económica muy sugerente para la época, e influyó también en el joven Chávez. Torres era mestizo y venía de una familia empobrecida. Había llegado a ser ministro de trabajo e impulsó una política laboral a favor de las mayorías, con una gran sensibilidad para elevar el salario y las condiciones de trabajo. Más tarde, junto a otros intelectuales progresistas, Torres elaboró un *Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas*, y definió un programa que denominó *Estrategia Socio-Económica del Desarrollo Nacional*. Ambos textos constituyeron la base programática en materia económica para poder gobernar a Bolivia, que venía del desencanto tras el corto período de políticas de cambio que proclamara el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) desde la

41 Así lo relata Chávez en entrevista con Harnecker (2002: 10) “Luego también influyó en mi la visita que hice a Perú en 1974, cuando todavía yo era cadete. Me seleccionan para ir a Ayacucho para el 160.º aniversario de la batalla de Ayacucho. Tenía 21 años, estaba en el último año de Academia y ya andaba con una clara motivación política. Para mí fue una experiencia emocionante vivir como muchacho militar la revolución nacional peruana. Conocí personalmente a Juan Velasco Alvarado. Una noche nos recibió en el Palacio a los militares de la delegación venezolana y nos regaló un librito del mismo tamaño de este de nuestra Constitución (saca el librito y lo muestra), yo lo guardé toda la vida hasta el día de la rebelión del 4 de febrero cuando me quitaron todo. El manifiesto revolucionario, los discursos de aquel hombre, El Plan Inca, me los leí durante años”.

Revolución de 1952.⁴² Torres puso en el centro de su propuesta de política económica la soberanía y recuperación de las riquezas nacionales. En su breve período logró: 1) nacionalizar las minas; 2) expulsar de Bolivia a los Cuerpos de Paz estadounidenses; 3) crear una Corporación de Desarrollo, que fue una suerte de incubadora de las empresas estatales en Bolivia; 4) fundar el Banco del Estado como banco de desarrollo; 5) aumentar sustancialmente el salario de los mineros; y 6) aplicar políticas públicas para mejorar la educación pública (incluso la universitaria). De lo mucho de lo que logró Torres en su breve paso por el gobierno, como pensamiento económico y como praxis, a Chávez le atrajo un concepto sumamente interesante: el de “frontera interior”, con el que Torres se refiere al pueblo y la necesidad de igualdad social, justicia económica y desarrollo. Torres siempre afirmaba que “hay que cuidar la frontera exterior pero sin olvidar la frontera interior, que hay que cuidarla más todavía”. Chávez se sintió atraído por una propuesta militar que no solo pensaba en las fronteras hacia fuera, en las presiones de afuera, en las relaciones de dependencia con el exterior, en los desfavorables términos de intercambio con el afuera por una mala propuesta de política económica comercial; sino que todo ello ha de estar íntimamente ligado con lo que pasa adentro, en el seno del pueblo, de sus necesidades. La frontera interior es un concepto que influyó mucho en Chávez porque, si bien ya estaba en su conciencia de clase, le permitió ver de manera conceptualmente más elaborada que no solo es importante la defensa de la justicia social por sí misma, sino que esta constituye una variable clave de táctica política para poder avanzar en los cambios estratégicos deseados. Si no se toma en cuenta la inminente presión ejercida por la frontera interior, no será posible jamás llevar a cabo cambios estructurales que sean sostenibles. Con Torres, Chávez contaminó la visión tradicional *cepalina* que no había puesto tanta atención en la distribución justa para adentro. En otras palabras, Chávez, quien no es influenciado directamente por la visión neomarxista de la dependencia, gracias a su lectura de Torres, y su concepto de frontera interior, sí toma conciencia de lo importante de ese cambio de matriz distributiva al igual que lo pueda ser el cambio de matriz productiva.

42 Que trajo consigo importantes cambios que transformaron la sociedad, con medidas como el sufragio universal, una sustancial reforma agraria, la creación de la Central Obrera Boliviana, la nacionalización de las minas y la educación pública gratuita y obligatoria (Serrano, 2008).

Torres no pudo permanecer mucho tiempo como presidente porque sus políticas iban claramente en contra de la oligarquía nacional y de los intereses del modelo desarrollista hegemónico impuesto desde el *Norte*. Por eso, fue derrocado por militares —con Hugo Banzer a la cabeza—, se exilió y fue asesinado en Buenos Aires por los operativos del Plan Cóndor.⁴³ Pero Torres no pasó desapercibido para Chávez ni para la historia boliviana a pesar de su fugaz presidencia. De hecho, Evo Morales, en el homenaje al 188.º aniversario de las Fuerzas Armadas el 21 de agosto de 2013, mencionó expresamente a Torres como un militar *que* sirvió al pueblo boliviano en contra del imperio.

El tercer político que influyó por entonces en el pensamiento económico de Chávez fue el presidente de Panamá, Omar Torrijos, quien también fue hijo de maestros rurales y provenía de familia humilde. La relación de Chávez con Panamá comienza por su cercanía con algunos cadetes panameños en la Academia Militar.⁴⁴ Torrijos fue presidente desde 1969 a 1981, y basó su política en un rechazo rotundo a la injerencia de Estados Unidos. Dijo en innumerables ocasiones que Panamá no debía convertirse jamás en “Estado asociado, colonia o protectorado”. Declaraba que los panameños no podían “aceptar el sometimiento económico de una país sobre otro, ni la penetración política, cultural y económica”. Torrijos llamó neocolonialismo a esta forma de dominio, a la que se refiere como “un colonialismo disimulado” que se presenta “a través de la ayuda económica condicionada”, orientada al control de los pueblos. El “General de la Dignidad”, como llamaban al presidente Torrijos, también llevó a cabo un proyecto económico nacionalista caracterizado por: 1) asentar la hoja de ruta para recuperar el control del Canal de Panamá (mediante acuerdos con presidente de Estados Unidos James Carter, en 1977); 2) promover una reforma agraria que distribuyó en gran medida las tierras desplazando a la vieja oligarquía terrateniente; 3) asegurar la provisión de servicios básicos para las mayorías a través del Estado; 4) luchar contra el analfabetismo y a favor de democratizar la educación; 5) promover la producción nacional, industrial y agraria, como medio para acabar con la dependencia y el subdesarrollo;

43 Plan coordinado por las dictaduras represoras del Cono Sur (Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay) y tutelado por Estados Unidos.

44 Hubo un convenio entre Venezuela y Panamá que facilitó la participación de un grupo de soldados panameños en la Academia Militar entre 1971 y 1974; entre ellos vino un hijo del general Omar Torrijos (ver Guerrero, 2012: 222).

6) crear muchas empresas mixtas para gestionar algunos sectores estratégicos; y 7) construir importantes oleoductos vitales para el país. Aunque Torrijos no pudo nunca salirse del todo del sistema capitalista dominante en Panamá, siempre tuvo una política más apegada a los procesos revolucionarios socialistas. Fue quien, junto a otros, impulsó con mucho ahínco el tercermundista Movimiento de Países no Alineados, aunque esto fuera compatible con una relación estrecha con buena parte de la socialdemocracia mundial a partir de la segunda mitad de la década de los setenta. Chávez reconoció luego que había leído varias de sus biografías: *Descubriendo al General Torrijos* de Graham Greene (1985) y *Mi General Torrijos* de José de Jesús Martínez (1987). De Torrijos recuperó Chávez luego muchos aspectos de desarrollo nacionalista sin dependencia, y fundamentalmente se inspiró en su impugnación constante a las imposiciones venidas del *Norte*, resumida en una cita suya: “No hay colonialismo que dure cien años ni latinoamericano que lo resista”.

Esos tres presidentes influyeron duraderamente en la formación del pensamiento económico de Chávez, en su posición como militar en construcción, muy atraído por los conceptos de patria y soberanía, en la línea de las miradas nacionalistas más próximas a las teorías económicas de la dependencia, que refutaban los postulados de la teoría ortodoxa hegemónica del desarrollismo venida del *Norte*. Pero estas influencias de afuera de Venezuela también tenían un efecto directo sobre la propia política venezolana gobernada bajo el *puntofijismo*. En Venezuela, por esos años también corrían tiempos de nacionalismo, venido de América Latina y de buena parte del mundo no alineado. El *puntofijismo* volvía a rotar presidencia dando el relevo a Carlos Andrés Pérez, candidato de Acción Democrática.⁴⁵ Y Pérez continuaba la política de nacionalizaciones, que también se realizaba en la industria petrolera a nivel mundial.⁴⁶ En el año 1976, se creó Petróleos de Venezuela, Sociedad Anónima (PDVSA) como casa matriz de un conjunto de operadoras subsidiarias de las transnacionales extranjeras. El cambio radicó en que las políticas generales para el sector fueron definidos por el poder Ejecutivo, a través del entonces Ministerio de Minas e Hidrocarburos. Ya no solo se trataba, como sucedía hasta entonces, de aplicar tributos y regalías sobre la explotación petrolera, sino que a partir de ahora había un mayor control

45 Carlos Andrés Pérez recibía el relevo de Rafael Caldera, declarando en ese momento: “Hoy me entrega (el gobierno) con sus manos limpias el ilustre venezolano Rafael Caldera”.

46 Iniciado por Argelia en 1971 y seguido por Libia en 1973.

estratégico para el Estado gracias a la competencia de definir la nueva política hidrocarburífera. Se instauró realmente la responsabilidad del Estado en la gestión de la política petrolera, aunque este seguía operando como si solo tuviera que obtener rentas de la explotación. En otras palabras, el Estado venezolano no asumió de hecho la competencia adquirida como titular jurídico para gestionar una nueva política petrolera. Esto se explica fundamentalmente porque el Estado era aún fiel reflejo de un corporativismo rentista que prefería “alquilar el negocio en vez de dirigirlo”. En cualquier caso, la decisión generó más ingresos públicos derivados de la venta de petróleo. En esos años, los ingresos petroleros siguieron creciendo; entre 1973 y 1974 se triplicaron. Uslar Pietri (1984) afirma que entre 1973 y 1984 entró en Venezuela un volumen de ingresos por petróleo equivalente a 20 planes Marshall. Chávez, más tarde, afirmó que “esa decisión [de una política petrolera nacionalista] siempre me pareció muy acertada porque permitía obtener más soberanía y más ingreso”; pero, al mismo tiempo que aplaudía esa decisión, reconoció su contrariedad porque los nuevos ingresos no tenían una redistribución justa, sino que seguían llegando en mayor proporción a aquellos que menos los necesitaban.

Por otra parte, tampoco existía un proceso de producción capaz de convertirse en el soporte real del consumo creciente (no democratizado) provocando así una estructura económica desequilibrada. Además, desaparecieron los incentivos para la búsqueda de ingresos a partir de la tributación sobre la riqueza interna, porque los ingresos venían principalmente de la renta petrolera. La mala utilización de esa renta, a través de un gasto público no distribuido con justicia social, ni empleado productivamente para salir de la “Venezuela Saudí” —como se empezaba a conocer al país—, generó fuertes desbalances que serían fundamentales para explicar la evolución de la economía venezolana desde entonces hasta la llegada de Chávez a la presidencia. La concentración de los recursos públicos fue un proceso por el cual se enriquecía un sector privado que no invertía en producción ni se incorporaba a la economía como burguesía industrial. Esto provocaba que buena parte de la renta petrolera que llegaba a ese sector privado se convirtiera en: 1) ahorro del sector privado, que fue transferido al exterior, o 2) consumo suntuario, gastado también en su mayoría fuera de Venezuela. Tal como explica Asdrúbal Baptista, la economía venezolana “había adoptado los peores vicios de las economías rentísticas y, en su afán por la opulencia, había

olvidado estimular la actividad productiva interna y confiado su destino a la renta petrolera” (Baptista, 2004).

Chávez era consciente de todo ello, y sabía que estaba en una institución (Academia Militar) que tenía la misión de garantizar que el *puntofijismo* pudiera continuar con su política económica para construir la Gran Venezuela —como decía Carlos Andrés Pérez—. La nueva política económica venía acompañada de una gran retórica acerca del proyecto de desarrollo nacional, aunque este no tenía nada que ver con los proyectos de otros países donde sí se intentaba aplicar el modelo ISI. En cambio, lo que se aplicaba en Venezuela era un modelo sui géneris, que nacionalizaba recursos estratégicos, pero donde lo “nacional” era interpretado a favor de ciertos sectores privilegiados en detrimento de una mayoría social condenada a conformarse con el mínimo goteo procedente de un cuantioso excedente económico. Realmente, se llevaba a cabo una cuantiosa redistribución a favor de una minoría, y por el contrario, una mínima redistribución para la mayoría social.

Venezuela, a pesar de estar en el grupo de países no alineados, del Tercer Mundo, era un país atípico. Tal como dijo el mismo Carlos Andrés Pérez, “el nuestro es un subdesarrollo en un país riquísimo, en un país millonario”. En esos años, la política económica se centraba en el impulso al sector de las empresas privadas mediante la concesión de sustanciosos y fáciles créditos gubernamentales y el proteccionismo arancelario. Esta política no comprometía con ningún control a estas empresas privadas, que solían emplear los recursos en otros menesteres, como: 1) ahorro interno, en forma de depósitos bancarios, que permitía ir engordando un sistema financiero no productivo; 2) ahorro externo depositado en cuentas de bancos extranjeros que proveían capital a Estados Unidos (Wilkins, 1981: 156-165); 3) importación de bienes de consumo, que comenzaban a conformar una nueva burguesía importadora; y 4) construcción de casas de lujo y también residencias de clase media en Caracas.

No obstante, los altos ingresos públicos no parecieron suficientes para que el Estado no se endeudara para favorecer a este sector privado. La deuda pública (externa e interna) se duplicó entre 1974 y 1975. Los elevados ingresos públicos tampoco bastaron para producir los alimentos básicos para la economía doméstica venezolana, a pesar de que hubiese el Fondo de Inversiones Agrícolas, creado por el Estado para canalizar grandes sumas en inversiones en las zonas rurales, que dirigió la mayor

cantidad de créditos hacia los grandes ganaderos y oligarcas del agro. Por el contrario, buena parte de los créditos agrícolas y ganaderos fueron reciclados hacia inversiones de alta rentabilidad a corto plazo, colocadas en depósitos en bancos extranjeros. Y los resultados fueron los siguientes (Romero, 1994): 1) el valor de las importaciones de alimentos creció de 2.021 millones de bolívares en 1973 a 3.500 millones en 1976; 2) entre 1974 y 1976, las importaciones de alimentos crecieron del 11% al 20%; 3) en 1976, se compraba en el exterior el 20% de la carne, 24% de la leche, 49% del maíz, 68% del sorgo, y 100% del trigo y soya consumidos en el país; 4) en parte como efecto de este aumento importador, entre 1974 y 1977, el costo de la vida creció del 15% al 18%, mientras que los salarios reales descendieron del 17,8% al 9,3%.

Todos estos datos llegaban a los ojos del joven Chávez, tanto en la Academia Militar como fuera de ella, cuando visitaba los barrios de Caracas en los que no se vivía como en la falsa Gran Venezuela. Especialmente debió notar los efectos cuando salió de la Academia Militar en el año 1975 y regresó a Barinas, ya con el rango de subteniente, pudiendo constatar con experiencias cotidianas cómo el nacionalismo propuesto era excluyente, solo para unos pocos; cómo el desarrollismo era desarrollo de una minoría; cómo el progreso constituía no un derecho sino un privilegio de una élite muy reducida.

En la formación ecléctica de Chávez, con múltiples influencias, hay que añadir un elemento que puede parecer casual, pero que luego se constituirá en una causa explicativa de su pensamiento económico. El joven Chávez no solo leía todo lo que tenía que leer en su formación formal en el seno de la Academia Militar, sino que además tenía una relación diferente con la política cuando regresaba a Barinas y tenía reuniones y conversaciones con amigos y con su hermano Adán (quien venía militando en el Movimiento de Izquierda Revolucionario, MIR). Gracias a eso, y sin asumir consignas políticas ni ningún postulado de la izquierda del momento, comenzaba a leer otra literatura, que le llegaba en esos encuentros. Eran lecturas no de la Academia sino más cercanas a la izquierda existente en el país, que no aceptaba el *puntofijismo* como pacto social porque se había firmado en Nueva York sin contar con el consenso de la mayoría de los venezolanos.

Así le habían llegado al joven Chávez, por ejemplo, los libros de Lenin *El Estado y la Revolución* y *¿Qué hacer?* También le recomendaron Mariátegui,

uno de los pensadores más interesantes en América Latina, que combinó marxismo e indigenismo. Se trata de lecturas más o menos previsibles en la bibliografía de la izquierda latinoamericana de la época. Pero la casualidad a la que nos referíamos no son estas lecturas; la verdadera casualidad es que un día en que el joven Chávez paseaba por el centro de Caracas, en el elevador de la Nueva Granada, buscando libros de sociología, política y economía, encontró *Economía y subversión* de John Kenneth Galbraith (1972).⁴⁷ Chávez siempre reconoció que este autor le permitió entender la otra economía, la economía más cercana a la gente y alejada de falsos tecnicismos que solo ayudaban a que esta nueva ciencia fuera monopolio de unos pocos expertos, que así podían sentenciar sin necesidad de explicar por qué se concluía de una u otra forma.

Galbraith no era un economista convencional, pues no respondía a la teoría dominante, la neoclásica, que solo explica la realidad a partir de modelos matemáticos ininteligibles y totalmente ficticios.⁴⁸ En cambio, Galbraith se acercaba más bien a la sociedad desde la economía política. La economía para él no era meramente ciencia matemática, ni física ni mecánica cuántica; por el contrario, se trataba de una ciencia social, humana y política. En el libro mencionado, y muchas veces referenciado por Chávez, *Economía y subversión*, Galbraith explica que “durante el siglo pasado la economía fue acusada de no ser utilizada como ciencia, sino como un credo que no permitía la comprensión del fenómeno económico, sino más bien para la eliminación de líneas de pensamiento contrarias a la disciplina de una influyente comunidad económica o política, entendiendo comunidad como países desarrollados y sus respectivas transnacionales” (Galbraith, 1972b). En el primer capítulo de esa obra, Galbraith aborda la situación condicionante de las sociedades pobres: “En una sociedad pobre, las consideraciones económicas no solo dominan las actitudes sociales, sino que determinan rígidamente los problemas a los que habrá que otorgar prioridad... Así, los dos problemas clásicos de la economía normativa —cómo aumentar la eficacia productora y cómo conciliarla con la justicia distributiva— son consecuencias naturales de la pobreza general” (*ibíd.*). Leyendo esto,

47 En noviembre de 2011, Chávez contará que por culpa de este libro “un día durmió en el calabozo” porque un teniente en la Academia Militar lo encontró leyéndolo y pensó que era un libro subversivo.

48 Galbraith fue profesor de la Universidad de Harvard desde 1949. Su primera obra fue *Capitalismo americano* (1952). También trabajó como asesor del presidente Kennedy.

Chávez siempre tuvo muy claro que antes de preparar el largo plazo, era más que necesario atender la pobreza en el corto plazo. Es un aspecto que la economía dominante siempre prefirió eludir, no prestando atención a los problemas “coyunturales” que había que enfrentar dado que realmente no se heredaban sociedades modélicas con una dotación justa de los recursos. En Galbraith, el joven Chávez percibió otra forma de afrontar estas situaciones económicas complejas caracterizadas por paupérrimas condiciones de vida para las mayorías. Había que resolver pronto, inmediatamente, cuanto antes, la situación de pobreza de muchos venezolanos, pero no exclusivamente por una fundamental cuestión de ética, sino también porque solo así se podía pensar en transformaciones en el mediano y largo plazo.

Otro aporte de Galbraith al pensamiento económico de Chávez fue su cuestionamiento a un concepto del que mucho se ha abusado desde que el liberalismo lo consagró como un mandato casi religioso: la “economía de mercado”. Según Galbraith, la economía de mercado no existe, porque “hacia mucho tiempo que dejó nuestro planeta; son las grandes corporaciones las que dominan y manipulan al mercado y a los Estados. Estas corporaciones no están al servicio del mercado, ni del consumidor, sino que los organizan para crecer más y más, persiguiendo sus propios objetivos de desarrollo. Objetivos plutocráticos y políticos, aunque en ellas lo político no es esencial, sino solo una forma más de intervenir y dominar el mercado” (Galbraith, 1984). Sobre este aspecto, añade Galbraith en su libro *La economía del fraude inocente* que “la creencia en una economía de mercado en la que el consumidor es soberano es uno de los mayores fraudes de nuestra época. La verdad es que nadie intenta vender nada sin procurar también dirigir y controlar su respuesta” (Galbraith, 1984). Son reflexiones que permitían al joven Chávez una visión crítica del marco conceptual dominante en la economía de esos tiempos. El joven Chávez, al no ser economista ni estar secuestrado por los manuales del paradigma hegemónico neoclásico, tenía mucha más facilidad para leer sin prejuicios los textos de Galbraith como alguien que quería aprender y aprehender de la economía, para entender mejor lo que sucedía a su alrededor, fuera y dentro de la Academia Militar. Siempre recordará Chávez una frase de Galbraith que le pareció esencial para entender la economía como una ciencia para organizar la casa, la comunidad, la sociedad, el Estado: “La prueba de un éxito económico no es la cantidad que producimos, sino lo que hacemos para que la vida sea tolerable o agradable”. Esta cita tan sencilla como elocuente muestra

la inclinación de Chávez a entender que el crecimiento económico, a diferencia de lo que decía la teoría preponderante del desarrollismo de Rostow, no era el fin en sí mismo sino un medio para realmente tener una vida feliz. Justamente sobre este punto, Galbraith era crítico de la medición del Producto Interior Bruto (PIB) como muestra de desarrollo, porque considera que “el progreso económico y, en general, social, se miden hoy por el aumento de la producción total de bienes y servicios, lo que denominamos Producto Interior Bruto (PIB). [...] Lo que cuenta [en el PIB] no es la educación, la literatura o el arte, sino la producción de automóviles, incluidos los todoterreno: he aquí la moderna medida del éxito económico y social” (Galbraith, 1984). Aunque Galbraith se refería a Estados Unidos, el joven Chávez podía traducir contemporáneamente según lo que iba aconteciendo en Venezuela, en esa relación siempre ambigua entre lo público y lo privado, entre el Estado y las empresas. El economista de origen canadiense escribió: “En Estados Unidos, al igual que en los demás países económicamente desarrollados, ninguna idea es tan común y tan aceptada como la de los dos sectores del mundo económico y político, el sector privado y el sector público. [...] Tras haber conquistado plena autoridad en la gran corporación moderna, era natural que la dirección ejecutiva extendiese sus tentáculos al ámbito político y gubernamental. [...] En el momento que escribo esto, los directivos de diferentes corporaciones están en estrecha alianza con el presidente, el vicepresidente y el secretario de Defensa de Estados Unidos. Destacadas figuras del mundo empresarial ocupan, además, altos cargos en distintos sectores del Gobierno Federal; uno de ellos procede de la quebrada y ladrona Enron y tiene a su cargo el ejército. Así como la defensa y el desarrollo armamentístico son fuerzas decisivas en nuestra política exterior, durante años se ha reconocido que las corporaciones controlan el Tesoro. Y también la política medioambiental. [...] Escritores con inteligencia y valor han identificado el poder privado que desde hace tiempo controla el diseño de armas, el desarrollo de una defensa antimisiles y el presupuesto militar. [...] Esta es la realidad. Tanto en la guerra como en la paz, el sector privado se convierte en el sector público” (Galbraith, 1972b). Leyendo esto el joven Chávez podía hacer un paralelismo entre lo que pasaba en Estados Unidos y lo que sucedía en los sesenta-setenta en Venezuela, donde lo público cobraba una elevada importancia económica, pero siempre al servicio de un capital privado, tanto nacional como internacional.

Chávez siempre reconoció en Galbraith a uno de los mejores ensayistas sobre economía y sociedad en el siglo xx.⁴⁹ Y además, si bien tenía claro que no era un socialista, sí lo consideraba un progresista y un humanista profundo. Muy cercano a estos principios se sentía el propio Chávez en su juventud, todavía no socialista a pesar de ciertas lecturas de Lenin o Mariátegui. Se identificaba más bien como un humanista en formación, que abordaba la economía de la preocupación por la pobreza y los problemas sociales existentes en Venezuela debido a la regresiva redistribución de los ingresos petroleros. El joven Chávez fue galbraithiano, como él mismo reconoció, en este período de su vida; pero sobre todo por cómo esta lectura le permitió comenzar a entender cómo sucedían las cosas, los porqués políticos de los acontecimientos económicos, la base histórica de cualquier proceso económico.

Por ahora, resumiendo: Hugo Chávez, el de los inicios

El pensamiento económico de Chávez en esta primera etapa, en sus primeros veintitrés años, hasta aproximadamente el año 1977, es una amalgama de hechos y experiencias de una vida poliédrica. Todo suma y cuenta en esta primera fase de formación del pensamiento económico de Chávez, no solo aquello que aprende formalmente en la Academia Militar o lo que lee por su cuenta por mero interés, sino que también hay que considerar su infancia, su casa y entorno familiar, su pobreza originaria que conforma una latente conciencia de clase, clase en sí. “Ser pueblo o pertenecer a esa clase de pobres”, como el propio Chávez decía, es algo con lo que se nace, una circunstancia diferente de tantos otros pensadores y políticos que quisieron aprender después lo que significa ser pobre de verdad. Pero en esa amalgama no falta tampoco el entorno más allá de lo inmediato, el contexto político y económico de Venezuela, de América Latina y el mundo. Nada está demasiado lejos cuando el mundo contemporáneo es tan interdependiente, cuando existe un sistema global de ordenamiento económico mundial que busca siempre disponer de dispositivos eficaces que sintonicen —a veces sin interferencias— lo local con lo global. El pensamiento económico de Chávez es fruto y resultado de su interacción con ese gran escenario económico mundial que se instala luego de la Segunda Guerra Mundial, de las tensiones de la Guerra Fría, de la afirmación del Tercer Mundo, de

49 También leyó otras obras de Galbraith, como *El nuevo Estado industrial* (1980) y *La economía del fraude inocente* (1984).

la era del desarrollo y el progreso, de los modelos exportados del *Norte* para implementar en el *Sur*, de las respuestas teóricas de buena parte de América Latina gracias a la teoría de la dependencia, apostando por otro desarrollismo nacional en la línea de los modelos ISI, en los que se discutía el rol del Estado, el papel del sector privado, de la matriz productiva y distributiva.

Chávez vivió durante todos esos años bajo el régimen del *puntofijismo*, como pacto para garantizar una democracia aparente y limitada para unos pocos, pero que no democratizaba los beneficios económicos para las mayorías. Iniciaba la era del petróleo, de la Venezuela Saudí, de la cultura rentista. Todo eso fue, innegablemente, integrándose en el naciente pensamiento económico de Hugo Chávez, sin estar necesariamente estructurado ni ordenado. En ese momento no había paradigma propio en el pensamiento de Hugo Chávez, ni anticapitalista ni socialista, y mucho menos antineoliberal; eso llegaría años más tarde. Chávez no fue durante esos años económicamente marxista aunque hubiese leído a Lenin, al Che Guevara o a Mariátegui. Más bien Chávez era como una esponja, buscando absorber todo aquello que le parecía interesante para conformar una visión comprensiva de lo económico, más integral que cualquier mirada parcelaria proveniente del modelo hegemónico de la teoría económica neoclásica. Estuvo, eso sí, tan cercano siempre al espíritu latinoamericanista de Bolívar que fue capaz de levantar su mirada para dejarse orientar por propuestas económicas de desarrollo nacional procedentes de líderes militares que eran presidentes, como en los casos de Alvarado en Perú, Torres en Bolivia y Torrijos en Panamá.

Desde el primer minuto de juego, Chávez constató que no hay pensamiento económico sin política. Del brillante economista Galbraith supo aprender de economía política y cuestionar el marco conceptual dominante al servicio del sistema capitalista. En esos años, y hasta la llegada del neoliberalismo, Chávez comenzó a tejer un pensamiento económico muy ecléctico y heterogéneo, en el que la justicia social y la equidad tenían un papel protagónico; la patria tenía que estar nutrida de soberanía; lo nacional no podía ser compatible con la exclusión; y la economía debía ser una ciencia al servicio del ser humano. Chávez aún no poseía un pensamiento económico revolucionario pero, como buen arquitecto, ponía los cimientos para ir edificándolo. Chávez fue en este primer período muy sensible a los problemas de su pueblo por la pobreza y la desigualdad, por la exclusión, y por todo aquello que supusiera una

injusticia social. No era aún un latinoamericanista, aunque comenzaba a sentir la pasión por el pensamiento de Bolívar y la Gran Nación Latinoamericana. Por ello, Chávez creía ya entonces en los proyectos desarrollista nacional-populares que venían reclamando más soberanía y más independencia. Si tuviera que atreverme a proponer una tríada que definiera su pensamiento de esa época inicial, diría que Chávez era humanista, nacionalista y desarrollista, y con un fuerte tinte popular.